

# REVISTA IBÉRICA

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Director: D. Juan Reina

Queda prohibida la reproduccion de los artículos literarios y científicos que se publiquen en esta Revista, salvo convenio especial.

SUMARIO.		
B. A.—Don Juan Alvarez de Lorenzana. 16 de Julio.	DON PEDRO MELO Y NOVO.—El darwinismo y la filología.	REVISTAS EXTRANJERAS: Academia de ciencias de París. Revue Historique. Revue Suisse. Revue Politique et litteraire. Nota.
MR. EMILE ZOLA.—Santiago Damour (novela).	DON ANGEL DE LUQUE.—Revista política exterior.	
DON EDUARDO SANZ Y ESCARTIN.—La crisis religiosa y el pesimismo.	DON JOSÉ M. MATHEU.—Sonetos.	



## DON JUAN ALVAREZ DE LORENZANA.

Subido mérito debió ser el suyo, cuando, sin otro auxilio que su pluma, alcanzó glorioso renombre y alta posicion. Al periodismo se lo debió todo, y no es poco lo que á él debe el periodismo, siendo caso extraño que por tan débil escala llegase tan alto y con tal merecimiento, que jamás atribuyó nadie á la fortuna su encumbramiento, sino á debido premio por sus excelentes prendas y nunca interrumpida laboriosidad.

A quien haya leído sus escritos, conociendo el autor, no causará maravilla la justa fama que gozaba ni los altos honores y preeminencias que en su vida se le concedieron, porque eran tales, que son muchos los que atribuyen á su eficazísima virtud la impulsión primera del más radical y trasformador movimiento que se ha verificado en España. Regocija el ánimo sin embargo, ver alguna voz en igual proporcion con sobresalientes cualidades el reconocimiento de ellas, porque suele ser desacostrumbrado fenómeno en nuestro país, principalmente cuando aquellas cualidades se ejercitan en el oscuro y anónimo bufete de una redaccion. Lucha el periodista, siendo modesto como lo era el Sr. Lorenzana, especialmente con embargos y tropiezos insuperables siempre que no disponga de superior talento y de tenacísimo carácter. El que difunde la luz por doquiera vive oscurecido é ignorado, como en el gasómetro la informe y confusa sustancia con que se alimentan los innumerables focos que durante la noche nos alumbran; redactar es arrojar el ingenio por el balcon á modo de atrabillario dilapidador, sin esperanza de cobro ni siquiera de personal agradecimiento. Por eso es difícilísima empresa la de conquistar un puesto desde las columnas de un periódico, y por eso es mayor el mérito de quien, sin otro recurso que ese, y sin doblegarse jamás con serviles complacencias, alcanzó envidiables triunfos y brillantes posiciones, más estimadas por los extraños que por él.

Seremos parcos en la alabanza y en las noticias biográficas, porque la una es innecesaria, tratándose de una persona, cuyo apellido es título glorioso, y las otras

han sido tan repetidas por todos los periódicos, que al exponerlas, antes que ilustrarlos, imaginamos fastidiar á nuestros lectores. Sin embargo precisa decir algo, si quiera no sea más que como sentido recuerdo que nos haga admirar los extraordinarios esfuerzos con que logró alcanzar un limpio renombre, y con los cuales contribuyó á la realizacion de los más importantes sucesos de la accidentada política de nuestra patria.

Nació el Sr. Lorenzana por el año de 1818 en Oviedo, donde estudió leyes y alcanzó sus primeros triunfos, hasta que vino á Madrid en 1840. Aunque diestro y entendido en jurisprudencia, gustaba más que de las prácticas forenses de otras labores intelectuales, más provechosas para la comunidad, pero hartó menos lucrativas para el individuo. Ganoso, pues, de luchar en extenso campo é impelido por su decidida vocacion al periodismo, abandonó la toga y sus primitivas y casi infantiles aficiones poéticas, comenzando, apenas iniciado en la vida pública, briosas campañas, que resonaron mucho, desde las columnas de *El Faro* y de *El País*. Pero donde lucieron con todo esplendor su talento y su ingenio fué en *El Diario Español*, periódico fundado en union del Sr. Rancés y otros notables políticos en 1851. Como premio á sus profundos estudios sociales y á su perspicacia política, lo eligieron diputado sus paisanos para las Córtes de 1851, siendo nombrado á poco por O'Donnell director general de Administracion, y desempeñando despues con el Sr. Posada Herrera la subsecretaria de Gobernacion.

Durante las tristes vicisitudes por que pasó nuestra patria, bajo el imperio de los moderados, el ilustre periodista contribuyó con su pluma y su accion á derribar aquel intransigente poder, bien que no viera, á pesar de su conspicua inteligencia, el lamentable extremo a que habian de llegar los sucesos. Fueron preparados estos, como he indicado, por notables artículos suyos, por los cuales, y por la participacion que tuvo en ciertos trabajos revolucionarios, fué nombrado ministro de Estado del gobierno provisional en 1868, en cuyo mes de Noviembre dirigió su famosa circular á las naciones extranjeras. Fuera porque, segun se decia entonces por los maliciosos, no se considerase con cualidades oratorias para mantenerse en el banco azul, ó porque no gustase de las luchas ínfimas y diarias que ocasionan

ciertos cargos, abandonó el suyo, retirándose á la vida privada. Desde este momento escribió poco y estudió mucho, siendo lástima grande que no haya legado á la posteridad en obras maestras el producto de su incansable laboriosidad y maravilloso talento. Disgustado de lo mal encaminados que iban los acontecimientos durante el período revolucionario, si no trató directamente, abogó por la restauración; pues siempre fué tan ferviente monárquico como sincero liberal.

Por eso no aceptó cargo alguno hasta que, verificado el golpe de Estado del 3 de Enero, no obstante sus ideas no del todo ortodoxas, fué de embajador á Roma, donde su discretísimo ingenio, su compostura y cortesia y su clarísima inteligencia, lograron captarle las simpatías de S. S. Pio IX, en cuya corte prestó importantes servicios á la patria.

Nombrado senador vitalicio por el Sr. Cánovas, aceptó la honra; pero resuelto al vivir apartado de la vida pública, dedicándose exclusivamente á su familia y á sus libros, apenas frecuentaba el palacio del Senado.

Ha muerto el Sr. Lorenzana á los 75 años de edad y cuando todavía esperábamos algun sazonado fruto de sus últimos estudios y experiencias. Honrado, pundonoroso y de chispeante ingenio, ni ofendía con atrabiliarias intransigencias, ni se hacía cómplice de ruines propósitos; en él, como en algunos otros insignes escritores, la pluma impidió la lengua; pero no fué parte esta deficiencia á oscurecer su esclarecido nombre.

Importa ahora al de la nación que no se olviden sus servicios, á fin de que no puedan nuestros Hijos decir con Campoamor:

Que en este mundo fingido  
sólo pagan con olvido  
á los que van, los que quedan.

B. A.

16 de Julio.

En la Babel política ha llegado el día de la dispersión de las gentes.

Si de la discusión brota la luz, en esta ocasión no ha existido más luz que la producida por la tea de la discordia. Desde el primer escarceo sostenido por los señores Canalejas y Lopez Dominguez contra el ministerio, pudo vislumbrarse el resultado final que anunciábamos en nuestra crónica anterior. Tiene razón el primero de nuestros poetas cuando afirma en su reciente libro *El ideismo*, que sin ideas no hay nada. La falta de principios fundamentales, ha privado á la izquierda de la incontestable influencia que ha podido ejercer contra un gobierno que no goza simpatías en el país ni tiene problemas que realizar; y la falta de convicciones, también, es causa de que en el partido fusionista no pueda intentarse una reforma que por avanzada ó por reaccionaria, no provoque la desunión.

Ocupó el Sr. Sagasta la presidencia del Consejo de Ministros en las circunstancias más ventajosas que podía haber soñado un hombre público durante el período de tiempo que ha transcurrido desde la revolución de Setiembre. No recordamos una situación más cómoda que la del jefe de los constitucionales. Contaba con la aquiescencia explícita y leal del formidable partido que desde el poder le había permitido y aún ayudado á formar sus huestes. Tenía de su parte al jefe de los posi-

listas, que le ayudaba con su palabra y con sus votos; vió llamar á las puertas de la monarquía á uno de los más elocuentes oradores de nuestro Parlamento, acompañado de importantes elementos; vió formarse un nuevo núcleo de demócratas igualmente benévolo, que procuraban ingresar amistosamente en las filas monárquicas, unidos á los descontentos de la fusión que se habían separado del Sr. Sagasta; y cuando nadie le combatía seriamente, cuando no tenía más cuidados que los domésticos, es decir, los de ir contentando á los amigos que habían recibido promesas suyas en la época de expectación, deja pasar los meses y los años, sin cuidarse para nada de mejorar la situación política, social y administrativa del país.

Un estudio comparativo de las actitudes políticas que el Sr. Sagasta tenía enfrente el año 1881, con las que hoy puede observar, sería el más elocuente comentario de su conducta.

El partido conservador, que en cierto modo le sostenía con su ténue oposición está hoy más cansado de contemplarle que lo estaba de oírle clamar por el mando desde 1876, hasta 1881. ¿Qué más? Hasta Castelar, que nada espera ni apetece, encerrado en el alcázar de su gloria como orador á olvidar las vicisitudes de sus campañas propagandistas, nos ha recordado los mejores tiempos de su elocuencia en la discusión que acaba de verificarse.

Firme en su política de no hacer nada para no disgustar á nadie, vive el jefe del fusionismo, falto del aliento vital de las ideas, y continuaria de igual modo, si estas muestras de pereza que tanto se parecen á la incapacidad, no tuvieran su obligado fin.

★  
★ ★

Pasó el debate sin resultado alguno. Los izquierdistas continúan celebrando conferencias y proyectando arreglos. Sagasta, que en plenas Cortes ha declarado su desafecto al nuevo partido, al mismo tiempo que se brindaba á realizar por sí las reformas que le propusieran, ha demostrado una vez más, que sólo es para él cuestión de personas la que debiera ser de ideas, mientras que Martos, con su obstinación republicana, acaba de convencernos de la poca fe que le inspira la optimista afirmación de varios amigos suyos que creen viable la unión apetecida.

No es posible aproximarse más al enemigo, ni brindar mejores términos de paz que los indicados por Martos: declaración de distancias honestas; visita á Palacio con un pretexto no político; promesa de no imponer su jefatura; benevolencia sostenida, y ruptura circunstancial.

No ha podido, tampoco, el presidente del Consejo de Ministros ser más franco, á pesar de la forma vaga de sus discursos: primero, resistir á toda modificación constitucional; segundo, antes aceptar cualquier cambio de ideas, que admitir una fusión constitucional-democrática que pueda enjenerarle la voluntad del grupo centralista.

Queda, no obstante, puesto el banderín para la presentación individual. Condiciones de admisión: las mismas exigidas al ministro de Gracia y Justicia:

olvido de lo pasado y *lustraciones*.



## SANTIAGO DAMOUR.

## III.

Situada la tienda en la esquina de la calle de los Monjes y la calle Nollet, tenía cierto aire de riqueza con su rejilla roja y sus cabezas de buey doradas.

Reses descuartizadas pendían sobre lienzos blancos y filas de piernas con mangos de papel con festones calados como *bouquets* formaban guirnaldas. Sobre las mesas de mármol había rimeros de carne, trozos cortados y puestos con arte, la rosada ternera, el carnero color de púrpura, la vaca escarlata con el viso blanquecino que les da el sebo. Las vasijas de cobre, los brazos de la balanza y los ganchos de un aparador relucían. Había tal abundancia, tal aspecto de salud en aquella tienda llena de claridad, enlosada de mármol, abierta de par en par y un olor tan agradable de la carne fresca, que parecía como si exparciese la sangre y la infiltrara en las mejillas de todos los que vivían en la casa.

En el fondo, iluminada por el golpe de luz de la calle, estaba Felisa en un elevado contador con cristales que la resguardaban de la corriente del aire. Allí, á los alegres y rosados reflejos de luz de la tienda, tenía ese aspecto fresco de una jamona que ha pasado de los cuarenta.

Limpia, con el cutis suave, con sus trenzas negras y su cuello blanco, tenía la sonriente y afanosa gravedad de una buena comerciante que con una pluma en la mano y la otra mano sobre el dinero del mostrador, representa la limpieza y la honradez de la casa.

Varios dependientes cortaban y pesaban la carne, gritando números; los parroquianos iban destilando por delante de Felisa, que recibía los pagos, conversando con voz amable acerca de las noticias del barrio.

En aquel momento una mujer pequeña y de semblante enfermizo pagaba dos chuletas que miraba con languidez.

—Quince *sus*, ¿no es eso? dijo Felisa. ¿Sigue, usted delicada, madame Verdier?

—No estoy buena del estómago. Devuelvo todo lo que como. El médico dice que necesito carne; pero es tan cara... Ya sabrá Vd. que murió el carbonero.

—¿Es posible?

—Ese no padecía del estómago, sino del vientre... ¡Quince *sus* por dos chuletas! La carne de ave es menos cara.

—Nosotros no tenemos la culpa de eso, madame Verdier. No sabemos cómo salir adelante... ¿Qué es eso, Carlos?

Mientras charlaba y devolvía los cambios

de dinero, no perdía de vista la tienda y acababa de ver un dependiente que conversaba con dos hombres en la acera.

Viendo que el dependiente no la oía, esforzó un poco la voz.

¡Carlos!.. ¿Qué es lo que preguntan?

Y no esperó la respuesta, porque de los dos hombres acababa de conocer al que venía delante.

—¡Ah! ¿Es Vd., Sr. Berru?

El aspecto de ella, con los labios recogidos, más que satisfacción, indicaba menosprecio.

Ambos camaradas habían hecho alto en varias tabernas desde la calle de San Martín hasta los Batignoles, porque el camino era largo y se les secaba la boca de tanto charlar y discutir en voz alta; de modo que parecían bastante alumbrados.

Damour había sentido un vuelco del corazón cuando Berru, con un ademán brusco, le señaló desde la acera de enfrente hacia Felisa, tan bella, tan joven, en la vidriera del mostrador, diciendo:

—¡Mírala!

¡Imposible! Aquella debía ser Luisa, que tanto periculado tenía con su madre; con seguridad Felisa estaría más vieja.

Y aquella tienda tan rica, las carnes que sangraban, las vasijas que relucían y aquella mujer tan bien puesta, con aire burgués, la mano sobre un montón de dinero, le dispararon la ira y la audacia, causándole verdadero miedo. Palidecía de vergüenza ante la sola idea de penetrar y sentía deseos de huir á escape de allí.

Aquella señora no consentiría jamás en reunirse con un hombre tan mal portado, con aquella barba tan grande y aquella blusa manchada. Ya se volvía para salirse á la calle de los Monjes sin que le viesen, cuando Berru le detuvo.

—¡Truenos y rayos! No tienes sangre en las venas... ¡Ah! Yo en tu pellejo haría danzar á la burguesía. Y no me marcharía sin hacer partincha. Sí; la mitad de las carnes y de lo demás... ¿Quieres andar adelante, palomino atontado?

Y había obligado á Damour á atravesar la calle.

Después, habiendo preguntado á un dependiente si el Sr. Sagnard estaba allí, y habiendo oído que estaba en el matadero, entró delante para precipitar las cosas. Damour le seguía amilanado y con aire de imbécil.

—¿En qué puedo servir á Vd., Sr. Berru? dijo Felisa con voz poco animada.

—No soy yo, respondió el pintor, sino mi compañero, quién tiene algo que decir á Vd.

Berru se había separado; en aquel momento

Damour se encontro cara á cara con Felisa. Ella le miró; él terriblemente conmovido, sufriendo como en tortura, bajó los ojos. Antes habia ella hecho un gesto de disgusto; su semblante tranquilo y feliz, expresó repulsion hácia aquel viejo beodo y miserable que trascendia la pobreza. Fijaba en él la mirada, hasta que súbitamente, sin cambiar palabra con él, palideció ahogando un grito y dejó caer el dinero, cuyo sonido en el cajon se percibió claramente.

—¿Qué es eso, está Vd. mala? preguntó madame Verdier, que se habia quedado por curiosidad.

Felisa hizo un movimiento con la mano, como para que todos se marchasen de allí. No podia hablar. Con mucho trabajo se incorporó y se dirigió hácia el comedor, al fondo de la tienda.

Ambos amigos, sin que ella les indicase nada, la siguieron. Berru chanceándose y Damour fijando la vista en las baldosas cubiertas de aserrin, como si tuviese miedo de caerse.

—¡Ah! ¡El lance tiene gracia! murmuró madame Verdier, cuando se quedó sola con los dependientes.

Estos, que habian cesado de cortar y pesar, se cambiaban miradas de sorpresa; pero no quisieron comprometerse y volvieron á su faena con aire indiferente, sin responder á madame Verdier, que se marchó con sus dos chuletas en la mano, observándolas con indolente mirada.

Una vez en el comedor, creyó Felisa que todavía no estaba bien segura. Abrió una segunda puerta y entró con los dos hombres en su alcoba. Era ésta una habitacion muy bien puesta, muy cerrada y silenciosa, con cortinas blancas en la cama y en el hueco del balcon; un péndulo dorado, muebles de caoba, cuyo barniz relucia sin un grano de polvo. Felisa se dejó caer sobre una butaca de reps azul y pronunció estas palabras:

—Es Vd... Es Vd...

Damour no encontró una frase. Examinó la alcoba y no se atrevió á sentarse, porque le parecian las sillas demasiado bellas. Berru fué, pues, quien habló:

—Sí; hace ya quince dias que anda buscando á Vd... ahora nos hemos encontrado y le he traído.

Después, como si hubiera sentido necesidad de excusarse:

—Ya comprenderá Vd. que yo no he podido por menos. Es un antiguo camarada, y sus cuitas me han herido el corazon cuando le he visto en tan miserable estado.

A pesar de todo, Felisa se repuso un poco. Ella era la más razonable y también la más animosa. Cuando se calmó del estado de an-

gustia que sufría, quiso salir de una situacion intolerable y abordó la terrible querrela.

—Sepamos, Santiago, ¿qué vienes tú á pedir?

El no respondió.

—Es cierto, continuó ella; yo me he vuelto á casar, pero no ha sido mia la culpa, bien lo sabes. Te creia muerto y no has hecho nada por sacarme del error.

Por fin habló Damour:

—Sí; te he escrito.

—Te juro que no he recibido tus cartas. Bien me conoces; bien sabes que jamás he mentado... ¡Mira! Aquí tengo el acta en un cajon.

Abrió un escritorio, sacó febrilmente un papel y se lo entregó á Damour, que empezó á leerlo asombrado. Era su acta de defuncion.

—Después me vi completamente sola y cedí á los ofrecimientos de un hombre, que deseaba sacarme de tormentos y miserias... Hé ahí toda mi falta. Me he dejado llevar de la idea de ser feliz; no ha sido un crimen. ¿no es cierto?

Damour la escuchaba cabizbajo, más humilde y más fatigoso que ella. No obstante, alzó los ojos.

—¿Y mi hija? preguntó.

Felisa se echó á temblar y balbució:

—¿Tu hija?... No sé; no la conservo.

—¿Cómo?

—Sí; la coloqué en casa de una tia mia... Se ha escapado... ha echado por mal camino.

Por un momento Damour enmudeció, con ademán tranquilo, como de no haberse enterado. Después él, antes tan cohibido, dió bruscamente un golpe sobre la cómoda con tal violencia que una caja llena de conchitas bailó en la tapa de mármol.

Pero no tuvo tiempo de hablar, porque dos niños, un varoncito de seis años y una niña de cuatro, acababan de abrir la puerta y de arrojar al cuello de Felisa con verdadera explosion de alegría.

—Buenos dias, mamita: venimos del jardín que está al final de la calle... Francisca nos ha dicho que era preciso volver... ¡Ah! Si supieras... Hay arena y patos en el agua...

—Está bien; dejadme; dijo bruscamente la madre.

Y llamando á la criada:

—Francisca, lléveselos Vd... Es una tonteria regresar á estas horas.

Los niños se marcharon compungidos, en tanto que la niñera, ofendida con el tono de la señora, se incomodaba con los chicos, empujándoles por delante de ella.

Felisa tuvo el loco temor de que Santiago robase los niños. En un instante podia echarlos al hombro y escapar.

Berru, sin que le hubiesen invitado á tomar

asiento, se habia dejado caer anchamente en una butaca, despues de murmurar al oido de Damour:

—Los pequeños Sagnard... ¿eh? ¡Con qué rapidez se cria el pegujar de granujas!

Cuando estuvo cerrada la puerta, Damour dió otro golpe sobre la cómoda, gritando:

—No basta con eso; necesito mi hija, y además vengo á recoger te.

Felisa estaba helada.

—Siéntate, hablaremos. Nada se adelanta con el ruido... ¿Vienes en mi busca?

—Sí; te vas á venir enseguida... Soy tu marido, el único legitimo. ¡Oh! Conozco mi derecho... ¿No es cierto, Berru, que estoy en mi derecho?... Vamos, ponte algo por la cabeza, sé amable si no quieres que todo el mundo conozca nuestros asuntos.

Ella le miraba y, en lo demudado del rostro se le conocia, á su despecho, que no le amaba y que la asustaba y le repugnaba con aquel aspecto envejecido y miserable. ¡Cómo! ¡Ella tan blanca, tan gruesa, acostumbrada entonces á todas las dulzuras de la vida burgués, volver á la vida ruda y pobre de otras veces, en compañía de este hombre que le parecia un espectro!

—¿Rehusas? repitió Damour, leyéndole en el semblante. ¡Oh! lo comprendo; te has acostumbrado á hacer el papel de señora en el mostrador, mientras que yo no tengo una bella tienda ni un cajon lleno de dinero donde tú puedas enredar á tus anchas... Además, tienes esos niños que entraron hace poco y al parecer los atiendes con más esmero que á Luisa. Cuando se ha consentido en perder una hija, bien se puede una pasar sin el padre... Todo me es igual. Me he propuesto que te vengas y vendrás ó voy en busca del comisario de policía para que te envíe á mi casa con los corchetes... Estoy en mi derecho, ¿no es cierto, Berru?

El pintor afirmó con la cabeza.

Esta escena le divertia mucho.

No obstante, cuando vió á Damour furioso, aturdido con las propias palabras, y á Felisa desfallecida haciendo esfuerzos para contener los sollozos, se creyó en el deber de desempeñar un hermoso papel, é intervino en tono sentencioso:

—Sí, sí, estas en tu derecho; pero hay que ver... hay que reflexionar... Yo siempre he jugado limpio... Antes de tomar una determinacion, convendria que hablásemos con monsieur Sagnard, y puesto que no está en casa...

Se detuvo un momento y despues continuó con la voz demudada y temblorosa de una falsa emocion:

—Pero mi amigo se ve apurado. Es muy duro esperar en su posicion... ¡Ah, señora, si

usted supiera cuánto ha sufrido! Y al presente ni rábano; el infeliz se cae de hambre; en todas partes le rechazan... Cuando le encontré hace un momento, no habia comido desde ayer.

Felisa, pasando del temor á un súbito enterrecimiento, no pudo contener las lágrimas que la ahogaban. ¡Qué tristeza tan grande le producian aquellos disgustos de la vida!

Y lanzó un grito:

—¡Perdóname, Santiago!

Y cuando pudo hablar:

—Lo hecho, hecho está; pero yo no puedo consentir que tú seas desgraciado... Permíteme que te preste algun auxilio.

Damour hizo un violento ademan.

—De seguro, dijo vivamente Berru, en esta casa reina la abundancia suficiente para que tu mujer no te deje el estómago vacío... Supongamos que no quieres dinero: puedes aceptar un regalo. Aunque no le diese Vd. más que un puchero, podria tomar, un poco de caldo, ¿no es cierto, señora?

—¡Oh! Todo lo que él quiera, Sr. Berru.

Pero Damour volvió á golpear la cómoda gritando:

—¡Gracias; Yo no como esa clase de pan!

Y miró fijamente á Felisa en los ojos.

—Tú sola eres lo que deseo y te obtendré... Guarda tu carne.

Felisa habia retrocedido con repugnancia y estupor. Entonces Damour se puso furioso, amenazó con romper todos los muebles y profirió terribles acusaciones. Deseaba saber el paradero de su hija; sacudió á Felisa en su asiento acusándola de haber vendido á la jóven; y Felisa, sin defenderse, en medio del aturdimiento que todo aquello le causaba, repetia, con voz débil, que ignoraba su residencia; pero que con seguridad la sabrian en la prefectura de policía.

Damour, que se habia sentado en una silla jurando que ni el demonio le moveria de allí, se levantó de repente y dió otro golpe con más fuerza que los anteriores:

—¡Muy bien! ¡Ira de Dios! Me marchó; sí, me marchó porque me pareceirme... Nada perderás con esperar; volveré cuando tu señor esté en casa y os arreglaré á él, á tí, á los muñecos y á todo tu endiablado chamizo... ¡Espérame, ya verás!

Y se marchó amenazándola con el puño.

En realidad, esta conclusion le servia de desahogo.

Berru, que se habia quedado un poco atrás, complacido de presenciar estas escenas, dijo en tono conciliador:

—No tenga Vd. cuidado, yo no me separo de él... Es menester evitar á cualquier precio una desgracia.

Y con esto se animó hasta el punto de co-gerle una ruano besársela.

Ella lo consintió. Estaba rendida; si Damour la hubiese cogido del brazo, se hubiera ido con él.

En esto, se oyeron los pasos de dos hombres que atravesaban la tienda. Un mozo cortaba á grandes golpes de machete un trozo de carnero y varias voces gritaban números. Entonces el instinto de buena comerciante la llevó al escritorio cerrado por luciente cristalera, y sentóse allí, muy pálida, pero tranquila como si nada hubiese ocurrido.

—¿Cuánto tengo que cobrar? preguntó.

—Siete francos y cincuenta céntimos.

Y Felisa devolvió el cambio.

#### IV.

Al día siguiente tuvo Damour un golpe de fortuna. El picapedrero le colocó de guarda en las obras del Hotel-de-Ville. Así tuvo ocasión de vigilar el monumento á cuyo incendio habia contribuido diez años antes.

Era un trabajo suave, una de esas ocupaciones embrutecedoras que engordan.

Durante la noche paseaba por los andamios, escuchaba los ruidos y á veces se dormía sobre los costales de yeso. Ya no hablaba de volver á los Batignoles, cuando un día que Berru fué á convidarle á almorzar, Damour exclamó al tercer litro, que tenia preparado el gran golpe para la mañana siguiente, y en efecto, al otro día no se movió de las obras. Desde entonces su carácter adquirió cierta regularidad, no agriándose ni reclamando sus derechos mas que borracho.

Cuando estaba en ayunas, permanecía taciturno y como avergonzado.

Berru habia concluido por bromearse con él, acusándole de ser poco hombre. Damour se ponía serio y murmuraba:

—¡Hay que exterminarles!... Creo que al final me dará por ahí.

Una tarde llegó hasta la plaza Moncey, y despues de haber estado una hora sentado en un banco, volvió á las obras.

Durante el día creyó ver pasar á su hija por delante del Hotel-de-Ville, reclinada en los cogenes de un magnífico *landeau*.

Berru le prometió hacer averiguaciones, con la seguridad de encontrar las señas de Luisa en el término de veinticuatro horas. Pero Damour no quiso. ¿para qué saberlo? Sin embargo, la idea de que aquella hermosa jóven tan compuesta, que él habia entrevisto, al trote de dos grandes caballos, fuese su hija, le angustiaba el corazón y aumentaba su tristeza. Compró un cuchillo y se lo mostraba á Berru diciendo que era para sangrar al carnicero.

Debió gustarle la frase, porque no dejaba de repetirla con una risa burlona.

—Yo sangraré al carnicero... A cada uno le llega su vez, ¿no es cierto?

Entonces Berru le tenia horas enteras en una taberna de la calle del Temple, para convencerlo de que no es lícito sangrar á la fuerza.

—Eso seria una torpeza, porque en el acto te prenderian.

Y le cogia las manos exigiéndole juramento de no echar sobre su conciencia una accion tan reprochable. Pero Damour insistia con terquedad:

—No, no, á cada uno su vez... Yo sangraré al carnicero.

Pasaban días y no le sangraba.

Un nuevo acontecimiento estuvo á punto de precipitar la catástrofe. Le despidieron de las obras por incapaz: una noche de tormenta se habia dormido y le habian robado una pala.

Entonces volvió á tambalearse de hambre; marchaba por las calles, demasiado orgulloso todavía para mendigar, y se paraba á mirar con ojos lucientes los escaparates de los bodegones. Pero la miseria, lejos de irritarle le abatía. Encorbaba la espalda sumido en tristes reflexiones. Hubiérase dicho que no osaba presentarse en los Batignoles ahora que no tenia una blusa limpia que ponerse.

Felisa vivía en continuas inquietudes. La tarde de la visita de Damour no habia querido hablar á Sagnard, y al día siguiente, arrepentida de su silencio, habia tenido remordimientos, sin atreverse á hablar.

Temblando estaba mañana y tarde, creyendo á cada momento ver entrar á Damour, y se imaginaba escenas terribles.

Lo peor era que algo debian sospechar en la tienda, porque los mozos bromeaban, y cuando madame Verdier, con regularidad, venia en busca de sus dos chuletas, tenia un modo de recoger el cambio que asustaba á Felisa.

Por fin, una noche, en la cama, se arrojó al cuello de Sagnard, y se lo confesó todo sollozando. Refirió lo que habia dicho á Damour: no tenia ella la culpa, puesto que cuando las personas se mueren no deben resucitar.

Sagnard, muy verde todavía para sus sesenta años, y que ademas era hombre de valor, la consoló.

¡Por Dios! ¿Qué tenia eso de particular? Todo concluiría por arreglarse. ¿Por ventura no se arreglan todas las cosas? Como hombre de dinero, en la plenitud de la vida, experimentaba curiosidad por todo. Ya verian al resucitado y hablarian con él. La historia le interesaba. Hasta el punto de que ocho días despues, viendo que Damour no parecia, dijo á su esposa:

—Pero dime, ¿qué es de él? Nos está chasqueando... Si supieses sus señas yo mismo iría á buscarlo.

Y habiéndole suplicado Felisa que no se moviese, añadió:

—Pero, querida, si es para asegurarte... Estoy viendo que adelgazas. Es forzoso concluir.

En efecto, Felisa adelgazaba, bajo la amenaza del drama cuya expectativa aumentaba sus angustias.

Un día que Sagnard reprendía á un mozo que habia olvidado mudar el agua á una cabeza de ternera, Felisa llegó pálida y balbuciente:

—Vélo ahí.

—¡Ah, muy bien! dijo Sagnard calmándose en el acto. Pásalo al comedor.

Y sin transición, se dirigió al mozo:

—Lávela Vd. bien, que huele mal.

Enseguida se dirigió al comedor, donde encontró á Damour y a Berru.

Era una casualidad que hubiesen venido juntos. Berru habia encontrado á Damour en la calle de Clichy; por aquellos días le veia poco, porque fastidiado de su miseria, no le encontraba chiste. Pero cuando supo que su amigo se dirigia á la calle de los Monjes, habia prorumpido en quejas diciendo que el asunto era tambien suyo y que se lo debia haber advertido.

En todo lo largo de la travesia, habia vuelto á sermonearle. Contaba con que no iria allí á hacer majaderias; por un momento se le interpuso en la acera queriéndole obligar á entregarle el cuchillo.

Damour se encogia de hombros sin ceder terco en una idea fija que no queria comunicar.

A todas las objeciones respondia:

—Ven si quieres, pero no me estorbes.

En el comedor, Sagnard dejó de pié á los dos camaradas.

Felisa se habia refugiado en la alcoba con sus dos hijos, y detrás de la puerta, cerrada con dos vueltas de llave, permaneció sentada, llena de sobresalto y abrazando á los pequeños como para defenderlos.

Puesto el oído, que le zumbaba por efecto de la misma ansiedad, no entendia palabra; pues ambos maridos, en la inmediata habitacion, estaban cohibidos y se miraban en silencio.

—¿De modo que es Vd? acabó por preguntar Sagnard, por decir algo.

—Sí, yo soy, respondió Damour.

Este encontró bien á Sagnard y se sintió empequeñecido.

El carnicero no representaba mas de cincuenta años; era grueso, de cara fresca, cabello cortado á rape y sin barba. En mangas de

camisa y envuelto en un gran mandil blanco como la nieve, habia en él cierto aspecto de alegría y juventud.

—Es que.. respondió Damour vacilando, no es á Vd., sino á Felisa á quien yo deseo hablar.

Entonces Sagnard logró tener su natural aplomo.

—Vamos, amigo, expliquémonos ¡Qué diantre! Nada tenemos que echarnos en cara. ¿De qué sirve reñir cuando nadie ha faltado?

Damour, con la cabeza baja, miraba fijamente uno de los piés de la mesa, y con voz sorda murmuró:

—Yo no le busco á Vd.; puede Vd. marcharse... A Felisa es á quien deseo hablar.

—Eso no, Vd. no ha de hablar con ella, dijo tranquilamente el carnicero. No quiero que me la ponga Vd. mala como la otra vez. Hablemos solos.\_ Por lo demás, si Vd. es hombre de razon, todo irá bien. Supuesto que usted afirma que todavía la quiere, fijese usted en la situacion, reflexione, y obremos en bien suyo.

—¡Silencio! interrumpió violentamente Damour. No se meta Vd. en nada ó todo se va á echar á perder.

Habia adelantado algunos pasos en actitud de amenaza, cuando Berru, pensando que se buscaba el cuchillo en la faltriquera, se arrojó entre los dos haciéndose el precavido; pero Damour lo rechazó con furia.

—¡Déjame en paz tú tambien!.. ¿De qué tienes miedo, idiota?

—¡Calma! repitió con prudencia el carnicero. Cuando uno se enfada no hace más que disparates... Escuche Vd. Si llamo á Felisa, ¿me promete Vd. ser prudente? Es muy impresionable, Vd. lo sabe tan bien como yo... Ni uno ni otro queremos mortificarla, ¿no es cierto?.. ¿Se portará Vd. bien?

—Si hubiera venido para conducirme mal, hubiera empezado por extrangular á Vd. con toda su palabreria.

Dijo esto en un tono tan profundo y tan sentido, que Sagnard no pudo ménos de comoverse.

—En ese caso, voy á llamar á Felisa... ¡Oh! Yo soy hombre cabal: comprendo que usted quiera discutir con ella el asunto. Está Vd. en su derecho.

Y dirigiéndose hacia la puerta de la alcoba, llamó:

—¡Felisa! ¡Felisa!

Viendo que nadie se movia, porque Felisa, temblando ante la idea de esta entrevista, permanecia como clavada en su silla, estrechando más fuertemente á sus hijos, concluyó por impacientarse.

—¡Felisa! ¿No vienes?.. Es una tonteria lo

que estás haciendo. Ha prometido ser prudente.

Por fin sonó la llave en la cerradura y Felisa apareció, volviendo á cerrar cuidadosamente la puerta, para dejar los niños á buen recaudo.

Hubo un nuevo silencio, sin duda por cordedad. Aquel era el peor golpe, segun creia Berru.

Damour habló en frases lentas que se embrollaban, en tanto que Sagnard, de pié junto á la ventana, levantando con los dedos uno de los blancos visillos, hacia como que miraba hácia fuera, con objeto de mostrarse hombre de mundo.

—Oye, Felisa; bien sabes que nunca he sido un malvado; tú misma puedes decirlo... y no es ciertamente hoy el dia en que he de empezar á serlo. En un principio hubiera deseado exterminarles aquí á todos; pero despues me he preguntado qué adelantaré con eso... Lo mejor me parece dejarte escoger. Nos amoldaremos á lo que tú determines. Sí; puesto que los tribunales con su justicia nada pueden hacer por nosotros, tú misma nos dirás qué es lo que más te agrada... Responde: ¿con cuál de los dos quieres irte?

Felisa no pudo responder. La emocion le ahogaba.

—Está bien, continuó Damour en la misma voz sorda; ya comprendo: es á él á quien prefieres... Al venir aquí sabia el giro que esto habia de tomar. No te solicito; en medio de todo, tienes razon. Estoy perdido... no tengo nada.. en suma, no me quieres... mientras él te hace dichosa, sin contar que además tiene los dos niños...

Felisa lloraba conmovida.

—Haces mal en llorar; esto no es darte quejas. Los acontecimientos han venido así, ¿qué hacer? Te queria ver para decirte que podias dormir tranquila. Habiendo ya elegido, no volveré á molestarte... hemos concluido; no volverás á oír hablar de mí.

Ya se dirigia hacia la puerta cuando Sagnard, sumamente impresionado, le detuvo exclamando:

—¡Ah! ¡Es Vd un valiente!.. No hay que marcharse de ese modo. Usted comerá con nosotros.

—No, gracias respondió Damour.

Berru, sorprendido por este agradable desenlace se mostró escandalizado cuando Damour rehusó la invitacion.

—Al ménos beberemos una copa, insistió el carnicero. ¡Qué diantre! Acepte Vd. un vaso de vino en esta casa.

Damour se negó á ello. Lanzó una lenta mirada por todo el comedor, limpio y alegre, con sus muebles de roble claro; despues, fijos los

ojos en Felisa, que con la faz inundada de lágrimas le suplicaba, dijo:

—Sea, pues.

Sagnard muy animado prorrumpió:

—¡Pronto, Felisa, vengan copas! No hace falta la criada. Cuatro copas. Es menester que tú tambien bebas. ¡Ah compañero! es Vd. muy amable en aceptar; no puede Vd. figurarse el placer que me da en ello; yo estimo á los buenos corazones; lo declaro, es Vd. hombre de buenos sentimientos.

En tanto Felisa, con temblorosas manos, buscaba las copas y un litro en el aparador. Estaba mareada: no encontraba los objetos. Fué forzoso que Sagnard le ayudase. Cuando estuvieron llenos los vasos, todos cuatro en redor de la mesa brindaron.

—¡Por la de Vd.!

Damour enfrente de Felisa tuvo que alargar el brazo para chocar su copa. Ambos se miraron mucho con todo el pasado en los ojos. Ella temblaba de tal modo, que se oyó sonar en el cristal de la copa ese ligero castañeteo de dientes que caracteriza las fuertes calenturas.

Ya no se tuteaban: estaban como muertos, no quedándoles más que la memoria

—¡Por la de Vd.!

Y mientras los cuatro bebían en silencio, se oyó la voz de los niños que estaban en la habitacion inmediata. Jugaban al escondite, dando gritos y risotadas. Despues empezaron á golpear la puerta: ¡Mamá! ¡mamá!

—Ea, pues. ¡Todo el mundo con Dios! dijo Damour, dejando la copa sobre la mesa.

Se marchó.

Felisa, de pié, pálida, le miró partir mientras Sagnard acompañaba cortesmente á los señores hasta la puerta.

## V.

Yá en la calle Damour, echó á andar tan deprisa, que á duras penas podia Berru seguirle.

El pintor se enfadaba. Al fin del *bulevar* de los Batignoles, cuando vió á su compañero dejarse caer rendido sobre un banco y permanecer allí con las mejilla blancas y la mirada fija, desahogó todo lo que le bullia en el pecho.

El, cuando ménos, hubiera arañado al burgués y á la burguesa. Le escandalizaba el ver á un marido ceder de esa manera su mujer á otro sin la menor protesta. Era preciso ser muy... para consentir aquello. Y citaba el ejemplo de otro *comunista* que habia encontrado á su mujer arreglada con un caballero particular. ¿Y qué? Ambos viven juntos con la esposa muy bien avenidos. Las gentes se entienden y nadie se deja burlar.

—Tú no comprendes, respondió Damour.

Márchate también, puesto que no eres mi amigo.

—¡Que no soy tu amigo! Reflexiona un poco. ¿Qué va á ser de tí? No tienes á nadie; te encuentras en la del rey como un perro, y perecerás si no te saco adelante... ¡Que no soy tu amigo! Si yo te abandono no te queda más que meter la cabeza debajo del brazo, como las gallinas que han terminado sus días.

Damour hizo un gesto de desesperacion. En efecto, no le quedaba más recurso que tirarse al rio ó dar motivo para que le prendiesen.

—¡Bien! continuó el pintor; soy tan amigo tuyo, que te voy a llevar á un sitio donde encontrarás mesa y mantel.

Y se incorporó como cediendo á una súbita resolucion, llevándose á la fuerza á su compañero que balbucía:

—¿A dónde? ¿á dónde?

—Ya lo verás... Puesto que no has querido comer con tu esposa, comerás en otra parte... Vuelve en tu juicio, porque no pienso consentir que cometas dos necesidades en un mismo dia.

Marchó con rapidez, descendiendo por la calle de Amsterdam. En la de Berlin se detuvo delante de un hotel, llamó y preguntó á un lacayo si estaba en casa madame Souvigny, y viendo que el criado vacilaba, añadió:

—Diga Vd. que soy Berru.

Damour le seguía maquinalmente. Aquella inesperada visita, aquel suntuoso hotel, le mareaban completamente. Subió. De repente se encontró en los brazos de una jóven rubia, muy linda, á medio vestir, con un peinador de encaje.

—¡Papá, es papá! ¡Ah, qué amable ha sido usted obligándole á decidirse!

Como buena hija, no mostraba repugnancia por la vieja blusa de su padre, en aquella crisis de ternura filial que le hacia batir palmas.

Damour, sorprendido, no la conoció hasta que Berru le dijo:

—¡Si es Luisa!

—¡Ah, sí!.. Es Vd. muy amable...

No se atrevía á tutearla. Luisa le hizo sentarse en un sofá, y ordenó que no recibiesen á nadie. El padre en tanto miraba la habitacion tapizada de cachemira y amueblada con una delicada riqueza que le enternecia.

Y Berru, triunfante, le dijo golpeándole la espalda:

—¿Eh? ¿Dirás todavía que no soy tu amigo?.. Bien sabia yo que habias de necesitar á tu hija; he procurado averiguar sus señas, y cuando supo tu historia, me dijo al punto: ¡Traelo!

—¡Ah, sí! ¡Pobre padre mío! ¡Cuánto te quiero! Verás qué bien lo pasamos, con tal que no hablemos nunca de política. Por de pronto, vamos á comer juntos. ¡Ah, qué gusto!

Luisa se sentó junto á las rodillas de su padre. Éste, sin fuerzas para resistir, experimentaba un bienestar delicioso. Bien hubiera querido rehusar, porque no le parecia decente comer en semejante casa; pero no tuvo bastante energía.

La dulzura de Luisa y el atractivo que sobre él ejercían sus pequeñas y blancas manos, le sujetaban.

—Vamos ¿aceptas? repetía Luisa.

—Sí, dijo al fin, en tanto que dos ;mesas lágrimas corrian en sus mejillas arrugadas por el hambre.

Cuando pasaban al comedor, anunció un criado que habia llegado el señorito.

—No puedo recibirle, contestó ella tranquilamente. Dígale Vd. que estoy con mi padre... Que vuelva, si gusta, mañana á las seis.

La comida fué admirable. Berru estuvo ocurrentísimo y Luisa reia hasta saltársele las lágrimas. Se creia de nuevo en la calle Envierges. Damour comió mucho y adormecido por el cansancio y la alimentacion, sonreia con ternura cada vez que sus miradas se encontraban con las de su hija.

A los postres bebieron un vino dulce y suave algo parecido al champagne, que les mareó. Cuando los criados no estuvieron presentes, los tres, apoyados los codos sobre la mesa, charlaron del pasado con la melancolía de la embriaguez. Berru habia liado un cigarrillo para Luisa, que se puso á fumar. Habló de sus amantes, sobre todo del primero, y por último, hizo severos juicios acerca de su madre.

—Ya comprenderás, dijo al padre, que no puedo verla; se porta muy mal... Si quieres iré á decirle la manera indigna que ha tenido de echarte.

Pero Damour declaró solemnemente que Felisa no existía para él.

De repente Luisa se levantó, diciendo:

—A propósito, voy á traerte una cosa que te ha de gustar.

Desapareció y volvió al momento, presentando á su padre una vieja fotografia amarillenta y rota por los picos. La vista de aquello produjo una fuerte sacudida en Damour, que fijó los ojos, exclamando:

—¡Eugenio, mi pobre Eugenio!

Pasó el retrato á Berru, y éste, lleno de emocion, murmuró á su vez:

—Está muy parecido.

Después tocó el turno á Luisa, que retuvo un momento la fotografia, pero las lágrimas la ahogaban, y la devolvió á su padre, diciendo:

—¡Oh! ¡Me acuerdo muy bien de él!... ¡Era tan gallardo!

Los tres enternecidos lloraron á un tiempo. Por segunda vez pasó el retrato de mano en

mano, en medio de las más conmovedoras reflexiones. El aire había ajado mucho la tarjeta: el pobre Eugenio, vestido con el uniforme de guardia nacional, parecía la sombra de un sér fantástico. Damour, que había vuelto el retrato, leyó lo que él había escrito allí en otro tiempo:

«Yo te vengaré;» y empuñando un cuchillo de postres, repitió el juramento:

—Sí, sí, ¡yo te vengaré!

—Es para tí, te lo doy, dijo Luisa.

Damour puso la fotografía apoyada de canto en la copa, y no cesaba de mirarla.

Pasado el incidente, se habló en razón. Luisa, conmovida, deseaba sacar á su padre de apuros. Por un momento habló de recogerlo en su casa; pero esto no era posible y se le ocurrió otra idea: le preguntó si admitiría el encargo de guardar una finca que acababan de comprarle cerca de Mantes. Allí tendría habitaciones donde vivir muy bien con doscientos francos mensuales.

—¡Pues no faltaba más! exclamó Berru aceptando por su amigo. Si se aburre yo iré á verle.

A la semana siguiente Damour se instaló en el Bello-Aire, propiedad de su hija, donde consiguió al fin una tranquilidad que bien merecía, al cabo de su agitada existencia. Engordaba y se rejuvenecía. Vestido al estilo burgués, tenía el aspecto honrado y bonachon de un veterano. Los campesinos le saludaban cortesmente.

Se entretiene en cazar y en pescar con caña. A veces le ven sentado al sol en el borde de un camino viendo crecer los trigos, tranquilo en su conciencia, como hombre que no ha robado á nadie y que consume unas rentas duramente ganadas.

Damour no ha intentado más ver á su esposa. No tiene en el mundo más que á su hija que ha tenido compasión de su anciano padre que es su orgullo y su alegría. ¿Para qué hacer la menor tentativa de restablecer su estado civil? Allí vive perdido, olvidado; no es nadie y no tiene que enrojecerse por los regalos de su hija; en tanto que si le resucitasen no faltaría quien murmurase de su situación, y hasta él mismo acabaría por sufrir.

De vez en cuando hay gran movimiento en su pabellón. Es que Berru viene á pasarse cuatro ó cinco días de campo. Ha logrado en casa de su amigo el rincón que soñaba para el descanso. Caza y pesca con Damour, y se está los días enteros tendido panza arriba en la yerba cerca de algún arroyuelo. Por la tarde, ambos camaradas hablan de política. Berru lleva de París los periódicos, y terminada la lectura, se ponen de acuerdo respecto á las medidas radicales que conviene adoptar: fusilar

al gobierno, prender á los burgueses, e incendiar á París para levantar una nueva ciudad, la verdadera ciudad del pueblo.

Siempre concluyen por la dicha universal obtenida por medio del exterminio.

Al tiempo de acostarse, Damour, que ha puesto en un marco el retrato de Eugenio, se aproxima, lo mira y blande la pipa, exclamando:

—¡Sí, sí, yo te vengaré!

Y al día siguiente, con calmoso continente, vuelve á pescar, mientras Berru, tendido en una rampa, duerme sobre la yerba.

Emile Zola.

#### LA CRISIS RELIGIOSA Y EL PESIMISMO.

«No ha habido época más irreligiosa que la nuestra, y, no obstante, con dificultad se encontrará otra en que las cuestiones religiosas se hayan agitado más profundamente.»

Estas palabras de Hartmann han acudido á mi memoria al leer la última y muy interesante publicación del catedrático de filosofía de San Isidro, Sr. Gonzalez Serrano, que lleva por título *Cuestiones contemporáneas*.

Y es que el hecho consignado por el ilustre discípulo de Schopenhauer arroja luz vivísima ma para apreciar la dolorosa crisis que afecta y contrista los más nobles espíritus de nuestro tiempo.

Sí; es cierto: jamás el ámbito de lo invisible ha estado más desierto para nuestra fantasía, jamás ha sido tan inaccesible á nuestro anhelo la inmensidad de lo desconocido y sobrehumano, como hoy que cien agentes naturales, dominados por la intensísima virtualidad de nuestra inteligencia, salvan distancias y franquean los antes intraspasables límites de nuestros sentidos, desnudos y abandonados á sus propias fuerzas.

Sería vano, sería casi criminal negar que este estado de las almas presta alas al dolor y á la desesperanza, que produce la vacilación, la conmoción profunda de los fundamentos todos sobre que descansa la vida moral.

Porque con ser grande, con ser útil, no es suficiente la ciencia para llenar las necesidades del espíritu. Créelo por un instante nuestra mente envanecida cuando la naturaleza es jóven aún, y ni la duda ni la decepción la han conmovido; pero presto llega el desengaño cuando la realidad pierde para nosotros el ropaje con que la revisten nuestros ojos y la pesadumbre nos agobia. Por eso se ha dicho por alguien que toda religión nace de una concepción pesimista del mundo.

Y si esto sucede en la vida interior, en la

conciencia individual ¡con cuánto más poderosos motivos no podremos afirmar resultado semejante en la vida colectiva! «Todos recuerdan, dice Hastur, las aclamaciones de alegría con que la democracia socialista acogió en tristes días los horrores de la *Commune* parisense. Ellos nos demuestran hasta qué punto puede descender el pueblo cuando ha perdido con la religion la única forma bajo la que el idealismo le es accesible.»

Ahora bien, reconocida la necesidad de que esta crisis tenga un término, y de que el sentimiento religioso posea un alimento adecuado, ¿cuál puede ser la natural solución del problema, cuál el punto á que deben dirigir sus esfuerzos cuantos aspiren á cooperar al logro de este fin, que no es otro que el de llevar la serenidad á las conciencias y su más fuerte asiento al orden social?

Hé aquí el problema planteado por el señor Gonzalez Serrano en su citado libro; problema verdaderamente difícil, oscuro hoy, y oscuro, quizá también mañana, y sobre el cual, humilde, pero independiente y sincero, emitiré mi juicio; juicio que extrañará, de seguro, á los que en más de una ocasión me vieron luchar con ardor en las filas de los más resueltos adversarios del pasado; Pero que es lógica y necesaria consecuencia del desarrollo de mi pensamiento.

\*  
\* \*

Ante todo conviene establecer la separación radical que existe entre la esfera religiosa y la esfera científica. Esta es lo asequible á nuestros sentidos y á su más alta expresión en la razón; aquella es el dominio de lo ignoto y de lo absoluto, eternamente abandonado al sentimiento y á las facultades á este afines.

Decidme: esa eflorescencia de la religiosidad—la oración—tan dulce y grata al creyente, ¿qué es para el que en la ciencia sólo ve y sólo puede ver la acción inflexible, la acción incesante de las leyes naturales?

«Cuando Strauss nos pide que experimentemos un sentimiento de piedad religiosa y de amor hácia su universo, que sólo es el compuesto de todas las sustancias materiales particulares, y que amenaza á cada instante aniquilarnos entre las ruedas de su implacable mecanismo, encontramos excesiva y cándida la exigencia.»

Es verdad: amor divino, veneración, subordinación religiosa, religion, en una palabra, tal como el sentido general de los hombres la entiende, sólo son posibles por la creencia en un Dios personal. Las palabras que pone Goethe en boca de Fausto, tan citadas para demostrar lo contrario, son poesía y alta poesía,

pero nada más. No se concibe, en efecto, cómo puede bendecirse, cómo puede amarse una naturaleza que obra de manera inflexible, según leyes ajenas á nuestros méritos ó á nuestros deméritos, madrastra sin piedad que más de una vez, en su actividad ciega, lleva el dolor y la muerte, la humillación y el infortunio, al noble y al virtuoso. La naturaleza sólo respeta al fuerte; el fuerte vive, el fuerte goza. La adoración de la naturaleza es sencillamente la adoración de la fuerza.

Y sin embargo — perdonad la digresión — no es digno el incrédulo de censuras que hieran á su alma. Dejemos que la iglesia fulmine contra ellos sus anatemas: es su misión; pero no repitais jamás la frase que poco há resonó en el Parlamento español; no digais que el incrédulo es despreciable, *que no tiene conciencia*, que para nada debe ser tenido en cuenta, y que es un deber el rechazarlo de todas las esferas de la vida. Que el fervor no os ciegue; que la caridad y la tolerancia hablen en vosotros.

La elaboración del pensamiento, los procesos de la razón son necesarios: el incrédulo es irresponsable de su incredulidad. Todos los conocéis: entre ellos hay almas de temple escogido. Buscan la verdad, la buscan con sinceridad, y si son hombres de vasta y escogida cultura, ó imbuidos en tradiciones de honradez, conservan íntegro el tesoro de un nombre sin mancha.

Antes bien, compadecedlos de que en sus angustias y en los críticos momentos de su vida, carezcan de esas luminosas perspectivas que vosotros contemplais y que os fortalecen y alientan.

\*  
\* \*

No está, por tanto, la solución del problema, en la adoración de un Dios que se identifica con las leyes de la naturaleza. Estas se estudian, se utilizan, pero no se adoran. El conocimiento de nuestra subordinación á ellas, podrá inspirarnos la fría resignación del estóico, pero jamás la celestial esperanza del cristiano. Y el estoicismo no ha penetrado nunca, no puede penetrar, producido por la razón, en las masas sociales; aun en los fuertes está sujeto á desfallecimientos. Todos recuerdan la imprecación de aquel varón fuerte de la antigüedad, expresión de la suprema duda que hiera con frecuencia, tarde ó temprano, á la virtud.

No está tampoco la solución deseada en las formas religiosas dominantes en el Norte y centro de Europa. El protestantismo, verdaderamente fecundo para el desarrollo de la ciencia y de los intereses de orden material, fué funesto para la vida religiosa.

Oigamos la melancólica declaración de Lutero en los últimos momentos de su vida:

«Es cosa extraña, decía, y verdaderamente triste, que desde que la pura doctrina del Evangelio ha reaparecido á la luz del día, el mundo no haya cesado de empeorar. Si yo pudiera tomar esta responsabilidad ante mi conciencia, aconsejaría y cooperaría más bien para que el Papa con todas sus abominaciones volviera á dominarnos; pues esta es la manera como el mundo quiere ser conducido: por leyes severas y por la superstición.»

La negación más radical en este orden es lógicamente consecuencia de las negaciones que produjeron la Reforma. Las religiones no se apoyan ni pueden apoyarse en el dato experimental y sujeto á demostración. No se defienden con la lógica, sino que encuentran elevadísima justificación y razón de ser á nuestros ojos en las más íntimas necesidades del espíritu humano.

Es locura, es desconocimiento del verdadero estado intelectual de nuestras sociedades, el esperar que brote una nueva religión de la descomposición de todas las creencias por el influjo, en esta esfera fatal, de la crítica contemporánea.

La civilización moderna, con esos grandes auxiliares de la imprenta y del vapor, contiene datos que la distinguen radicalmente de las antiguas. Los dogmas y el culto cristiano pudieron sustituir en el siglo I á los dioses del gentilismo. Hoy, el cristianismo es irreemplazable en los pueblos civilizados.

Los ensayos de nuevas religiones nos parecen cómicos. Los santos del progreso son, sin duda, hombres dignos de lauro y estimación; pero de esto á ser objeto de culto hay una inmensa distancia. Los centenarios modernos tienen algo de simulacro de las solemnidades religiosas; pero en ellos todo es aparente y exterior: en el fondo no palpita nada.

Siendo esto así, y pocos se atreverán con sinceridad á contradecirlo, la cuestión queda reducida á estos sencillos términos: *O la sociedad se mantendrá en el seno de la religión cristiana ó será atea.*

El creer con Hartmann que una nueva religión, en que el panteísmo sea la base, puede reemplazar al ideal cristiano, me parece un sueño.

¿Será un hecho ese renacimiento religioso que tantos esperan y que todos consideramos conveniente y bueno?...

Sólo puedo decir que se nota algo en la atmósfera moral que pudiera considerarse como signos del tiempo. El ateísmo ha ido creciendo en estos últimos años con marcha verdaderamente invasora. El lleva el descontento y el grito de rebelión á todas partes; ante él no se

justifican las profundas desigualdades sociales; si alguna vez puede decirse que Dios ciega á los que quiere perder, nunca con más razón que cuando vemos á las clases conservadoras y privilegiadas de la sociedad alentar la rebelión religiosa de las muchedumbres.

Por eso, ya en todas partes se advierte un movimiento de contención en ciertos órdenes que tal vez es preludio de un verdadero renacimiento del cristianismo.

El cristianismo, con su admirable complejidad orgánica, puede satisfacer á muchas almas. Lleva en su seno una idea invariable, tienen razón sus apologistas; pero es lo cierto que se adapta admirablemente á la más variada cultura.

El instinto, la necesidad más bien del politeísmo en las masas, encuentra en sus jerarquías inagotable alimento. El Dios abstracto reside en las alturas, pero la amorosa Virgen y el Niño-Dios, los santos y los bienaventurados, nos fortalecen con su ejemplo y nos ayudan con su intercesión.

Esto, que yo creo entrever, no debilitará, en modo alguno el vuelo de la ciencia que se mueve en regiones tan distintas de las que son patrimonio de la religión.

Floreció Lucrecio en época de florecimiento aún para el paganismo, y no es de creer que termine la tradición radicalmente heterodoxa, ni mucho menos la exclusivamente científica.

Pero una exacta apreciación de las cosas sellará más de una vez sus labios. Los ateos á lo Suñer han desaparecido. Los *iconoclastas* se reclutan ya en las más bajas capas sociales. El verdadero filósofo sabe muy bien que no son tan distintos como se cree el fenómeno del *nóumeno*, la ilusión de la realidad, y que, aunque atrevidas, no son tan erróneas como por algunos se ha supuesto ciertas afirmaciones de Hegel.

\*  
\* \*

Hubiera querido tratar del pesimismo, si quiera no fuera más que para combatir algunos conceptos emitidos por el Sr. Campoamor sobre esa gran personalidad intelectual de Arturo Schopenhauer que, seguramente desconoce ó no ha llegado á penetrar el ilustre poeta asturiano; pero me lo imposibilita la premura con que me veo obligado á hacer este ligero trabajo.

No quiero, sin embargo, dejar de consignar de acuerdo en esto con Hartmann, que la concepción pesimista, casi pudiéramos decir la concepción real, del mundo, es y será firmísimo auxiliar del renacimiento religioso. Los pesimistas modernos y los grandes místicos

cristianos son de una familia. En efecto, cuanto más multiplica la humanidad los medios de que dispone para hacer agradable la existencia, más se convence de la imposibilidad de sobrellevar de este modo la angustia de la vida y alcanzar la felicidad ó siquiera tan sólo el contento.

«Un período ascensional de las cosas humanas puede ser optimista, en tanto que conserva la esperanza de conseguir y disfrutar la dicha; pero desde el instante en que el fin se ha alcanzado, el pueblo que lo perseguía advierte que no ha progresado en la felicidad y que sólo ha conseguido acrecentar las necesidades que lo consumen y lo atormentan.»

Estas palabras del filósofo pesimista alemán encierran una realidad amarga y una enseñanza que viene á fortalecer mi creencia de que se acerca el momento de la necesaria renovación de los sentimientos religiosos, verdadero lenitivo del dolor y de la tristeza inseparables del hombre.

Eduardo Sanz y Escartin.

#### EL DARWINISMO Y LA FILOLOGÍA.

Carta al Dr. Ernst Hœkel, escrita por Augst Schleicher.

(Conclusion)

Pero hé aquí la cuestion. ¿Puede suponerse que hayan existido realmente semejantes formas en algun tiempo? ¿Quién os da la razon, filólogos? ¿Quién os asegura que sean exactas vuestras deducciones de lenguas primitivas y lenguas madres de las formas lingüísticas en cuestion? Más aún. ¿No podrian considerarse vuestras *madres primitivas* como débiles productos de la imaginacion? ¿Por qué asegurais tanto y tan de acuerdo os ponéis al afirmar la *variabilidad* de las especies, la *divisibilidad* de una forma en muchas durante un cierto espacio de tiempo, mientras que nosotros los zoólogos y botánicos discutimos no poco sobre dicha cuestion, combatiendo muchos de entre nosotros la *lucha por la existencia*, considerando al sér como invariable, y condenando á Darwin que piensa de los animales y plantas justamente lo mismo que vosotros pensais de vuestras especies filológicas?

Respuesta. Cuanto á la observacion relativa al origen de las formas, lingüísticamente hablando, en una primitiva, podemos decir que está perfectamente establecida. Verdaderamente que en éste punto llevamos los filólogos una gran ventaja sobre los naturalistas; muy claramente podemos demostrar que una infinidad de idiomas y dialectos se han derivado de lenguas conocidas. Podemos, además,

seguir algunas lenguas y familias lingüísticas en sus variaciones durante muchos siglos, gracias á los escritos que trasmiten fielmente la imágen de sus formas primitivas.

Esto sucede con la lengua latina, por ejemplo; conocemos muy bien el latin antiguo, como probado está que en él tomaron origen las lenguas romanas, sea por variaciones (vosotros diriais por cruzamientos), sea por influencias ejercidas por otras lenguas.

Conocemos tambien el indio primitivo, sus derivadas, y más aún, su rama directa, el indio moderno. Tenemos, pues, sólidas y seguras bases de observacion.

Lo que deduzcamos para aquellas lenguas que, gracias á convenientes documentos de anteriores épocas, felizmente conservados, podremos observar durante un cierto período, puede aplicarse tambien á los demás grupos de lenguas que se alejan igualmente de sus formas primitivas.

Vemos, pues, directamente por esta serie de observaciones, que las lenguas varian continuamente; debiendo tal seguridad á los escritos que nos han legado los antiguos.

Si no se hubiese inventado la escritura hasta nuestros dias, probablemente no hubiesen asegurado nunca los filólogos, que lenguas tales como el ruso, el alemán y el francés, procediesen de una ú otra de ellas. Quizá no se hubiese concebido, en manera alguna, un origen comun para algunas lenguas, que tienen mucha afinidad admitiendo la variabilidad del lenguaje.

Sin documentos. estariamos más atrasados que los zoólogos y botánicos, que tienen á su disposicion restos de tipos primitivos, y cuyos *sujetos* científicos se prestan en general á la observacion mucho más fácilmente que el lenguaje. Pero gracias á los escritos, tenemos más materiales que los naturalistas, con la ventaja de que estos materiales se aproximan más á la naturaleza primitiva de la especie.

Muy posible es tambien que las variaciones en el lenguaje se efectúen en un espacio de tiempo más corto que las que se verifican en el mundo animal y vegetal. Los zoólogos y botánicos pensarian como nosotros si hubiesen podido llegar hasta ellos colecciones enteras de ejemplares bien conservados, es decir, con piel y pelo, hojas, jugos, fruto, etc., aunque sólo hubiese sido en algunos géneros.

Las relaciones lingüísticas están perfectamente apropiadas para la demostracion del origen de las especies, sea en algunos grupos ó sólo en uno fundamental, instruyéndonos provisionalmente sobre algunas regiones de la ciencia faltas de hechos consignados.

La diferencia relativa del material de observacion entre el mundo del lenguaje y el ani-

mal vegetal es solamente cuantitativa, según se dice, más no en cualidad, pues es un hecho la propensión al cambio entre los animales y entre las plantas.

Por lo que hasta aquí hemos visto sobre la transformación de una forma primitiva en otras muchas, división progresiva y gradual, derivándose por consiguiente, unas formas de otras, no podemos establecer separación precisa entre las diversas denominaciones de lengua, idioma, dialecto y subdialecto, correspondientes á los diferentes períodos de división.

Las divisiones que se han indicado con esos términos, se han formado gradualmente, yendo la una comprendida en la otra y siendo de naturaleza distinta en cada grupo de lenguas. Así, por ejemplo, las lenguas semíticas están realmente en otras condiciones de afinidad que las indogermánicas, y aún el carácter de analogía de ambos grupos se distingue muy claramente del de las lenguas finesas (finés, lapon, magyar, etc.)

En esta cuestión no hay, pues, métodos precisos, puesto que ningún filólogo puede dar una definición de lengua con relación á dialecto, etc. Lo que unos llaman lenguas designan otros como dialectos y vice-versa. Aun en la región tan bien estudiada de las lenguas indogermánicas no se suministran datos convenientes para esta separación; muchos lingüistas hablan de dialectos eslavos, mientras que otros los denominan lenguas; también se han calificado de dialectos algunas lenguas de la familia germana.

Más esto no debe extrañar, pues lo mismo absolutamente sucede en zoología y botánica con las nociones correspondientes de especie, subespecie y variedad. Darwin se expresaba de la manera siguiente sobre este particular: «Todavía no se ha demarcado un límite fijo, ni entre *especie* y *sub-especie*, cuyas formas se asemejan y según la opinión de algunos naturalistas se aproximan mucho en algunos géneros, mas sin llegar empero á igualarse completamente, ni entre sub-especies y ciertas variedades, y finalmente, ni entre simples variedades y variaciones individuales. Estas diferenciaciones están comprendidas las unas en las otras en serie tan ordenada, que despierta la idea de una transición bastante definida.» Basta solamente cambiar las calificaciones de *especie*, *sub-especie* y *variedad* por las correspondientes usadas en filología (lengua, dialecto, subdialecto), para ver cuánta razón tiene Darwin al expresarse así; pues claramente se observa en algunos grupos de lenguas, cuya generación hemos expuesto con un ejemplo.

¿Se verifica esto de igual modo en el carácter primitivo de los géneros lingüísticos ó en

la naturaleza originaria de las lenguas ya perdidas que fueron madres de grupos? ¿Se reproduce aquí el mismo fenómeno que hemos observado en las lenguas de un grupo? ¿Descienden acaso también estas lenguas madres de una fundamental común y esta de una primordial?

Cuestiones son estas que estarían más determinadas si, valiéndonos de sus derivadas, hubiésemos deducido por las leyes que rigen la vida del lenguaje, de una serie más extensa de grupos lingüísticos, la forma primitiva del género. En estas cuestiones se incurre hoy en día en tantos errores como antes; sin embargo, han llegado á adquirirse algunas definiciones para la observación de las lenguas existentes.

La diferencia entre los individuos es, como en los grupos lingüísticos, tan grande y tan acentuada, que ningún observador imparcial puede suponerles un origen común. Nadie podía presentar, por ejemplo, una lengua que claramente se vea ser origen del indogermánico y el chino, ó el semítico y el hotentote; ni tampoco la forma primitiva de los troncos aproximados á que corresponden algunos grupos análogos en su manera de ser; no deducimos, por ejemplo, el semítico y el indogermánico de su lengua fundamental, para luego erigirlas en madre de lenguas dispersadas ya. Podemos, pues, suponer casi imposible, por decirlo así, la derivación material de una única forma fundamental.

Pero el caso varía con relación á la forma lingüística. Todas las lenguas organizadas importantes, por ejemplo, la madre del indogermánico, que perfectamente deducimos, muestran evidentemente por su construcción que han provenido por desarrollos graduales de una forma más simple. La construcción de toda lengua enseña que su forma primitiva era en realidad la misma que la que, aún hoy, se conserva en algunas lenguas, cuya construcción es muy sencilla (en la china, por ejemplo).

En resumen, el origen de toda lengua fué, probablemente, signos, símbolos simples de percepciones, ó de conceptos, ó de ideas, en cuyas relaciones podrían llenar por sí mismas las funciones gramaticales, sin que estuviesen secundados por alguna dicción sonora, en otros términos, por un órgano. En estos inmemoriales escalones de la vida lingüística, escalones que tanto se diferencian entre sí, no existía ni verbo, ni nombre, ni conjugación, ni declinación, etc.

Ensayemos á aclararlo con un ejemplo: En el primer período de formación de la lengua indogermanica, era *dha* la forma en que se presentaban las palabras alemanas *Tha*, *gethan*,

*thue, thæter, thæting* (1); de las raíces comunes á todas estas palabras deducimos *dha* (2).

Por carecer de espacio no nos detenemos en demostrarlo; además, todos los lingüistas están conformes en ello.

Algo más tarde, cuando la lengua indogermánica hubo alcanzado un cierto grado de desarrollo, se formaron las raíces, que expresaban ciertas relaciones, aunque todavía no constituían palabra, repitiendo también algunas veces una raíz para añadirla a otra; por ejemplo, para designar la primera persona del presente, se decía *dha dha ma*, de donde, sea por la fusión de los elementos en un todo (elementos variables, por consiguiente), sea por la propensión al cambio, de dichas raíces, formóse en un cierto período de la vida del lenguaje la palabra *dhadhami* (3).

Las diversas relaciones gramaticales se fundan en estas antiquísimas raíces, principalmente las verbales y nominales, así como sus modificaciones que, aún entonces, no se habían separado; es un hecho que observamos claramente en las lenguas estacionarias, es decir, en aquellas que no han alcanzado más que un muy simple grado de desarrollo; también podemos verlo en el ejemplo citado.

Podríamos demostrar con hechos que las raíces desempeñan el papel de *células* lingüísticas, células que todavía no constituyen órgano especial alguno que haga el papel de nombre, verbo, etc., y del cual estas funciones (las relaciones gramaticales) no se han separado.

Lo mismo sucede en los organismos unicelulares ó en las vesículas de los grandes seres vivientes con las funciones de digerir y respirar.

Hemos adoptado, pues, un origen común para todas las lenguas.

Cuando el hombre descubrió que la acción del sonido y las voces onomatopéyicas eran susceptibles de recibir significación, no eran entonces dichas voces más que simples formas sonoras, que carecían de relaciones gramaticales. Mas este material sonoro, prescindiendo de aquello que expresaba, fué el origen del lenguaje, tan diferente en los diferentes pueblos. De aquí proviene la diferenciabilidad del lenguaje que se ha formado en dichos principios.

(1) *That*, hecho acción; *gethan*, part. p. del verbo hacer (*thun*); *thue*, haz tú, del mismo verbo; *thæter*, autor de una acción; *thæting*, activo.

(2) Significaba poner, hacer; *dha*, en indio antiguo, *da* en baktrio antiguo; *δε* en griego; *de* en lituano y eslavo; *da* en gótico; *ta* en alto alemán.

(3) *Dádahmi*, en indio antiguo; *dadhami*, en baletro antiguo; *θίδημι*, en griego; *tom*, *tuom*, por *tetomi* en alto alemán antiguo; *thuc* en el alemán moderno.

Por esto suponemos la pluralidad de las lenguas primitivas, pero admitiendo para todas ellas una forma común. Probablemente sucederá lo mismo, poco más ó menos, con el origen de los organismos animales y vegetales; la forma primitiva de éstos es la simple célula, como la simple raíz es la del lenguaje.

En su origen la célula no constituía ni animal, ni planta, formas las más interesantes de la vida orgánica, su desarrollo se verificaría en diversos sentidos; lo mismo sucedería con las raíces del lenguaje.

Podemos, en el trascurso de los tiempos históricos, observar que las lenguas varían igualmente tanto en los hombres que viven en homogéneas condiciones, como en todos los individuos susceptibles de expresar ideas; así, pues, deducimos en consecuencia que el lenguaje se formó de la misma manera en los individuos de igual naturaleza.

Los métodos superiores, desarrollados por la ciencia, nos permiten deducir lo desconocido de lo conocido; es, pues, contrario á la lógica suponer leyes distintas de vida para las épocas inaccesibles hoy en día á la ciencia.

Las lenguas se forman también bajo distintas condiciones, y verdaderamente hay muchas probabilidades para que a diferenciación del lenguaje esté en razón directa de las variaciones y relaciones de la vida del hombre en general.

La distribución del lenguaje sobre la tierra demuestra una severa conformidad á determinadas leyes; lo que llamamos lenguas aproximadas deben ser aquellas que hablaban hombres que vivían en distintas partes de la tierra y que mantenían relaciones entre sí.

Considerando, pues, un punto de partida, las lenguas deben haberse agrupado en mayor ó menor cantidad según la mayor ó menor distancia á dicho punto de partida, variando continuamente, diferenciándose cada vez más de su origen y desarrollándose según las condiciones climatológicas y las de la vida en general. Aún todavía nos parece observar vestigios de la distribución normal del lenguaje; así, pues, las lenguas americanas de la América del Sur presentan evidentemente un tipo común; igualmente, en el continente europeo asiático, las lenguas que por prioridad histórica se han separado, pertenecen probablemente á grupos lingüísticos semejantes.

Por ejemplo, las lenguas *indogermánicas*, *finesas*, *turcotártaras*, *mongólicas*, *manchurías* y aún *dekhanicas*, presentan su construcción por medio de partícula; todo elemento de composición, toda expresión de relación, se expresa en el sonido final de las raíces, no antes ni en ellas (1).

(1) Una excepción á esto es, por ejemplo, el *aumento*

Hablando más clara y brevemente, designaremos con la letra **R** una raíz cualquiera, con *p* una ó varias prefijas, con *i* una ó más infijas y con *t* un número determinado de terminaciones.

La forma vocabular de todo grupo lingüístico se puede representar con el símbolo morfológico **Rt**; en el grupo indogermánico estaría mejor representado por **R<sup>x</sup>t**, si **R<sup>x</sup>** representa una raíz arbitraria, regular y variable; es decir, susceptible de aumento y disminución, pues de esta manera se expresa mejor su término de relacion. Por ejemplo (1): *band*, *bund*, *bind-e*; *flug*, *flieg-e*, *flog*; *grab-e*, *grub*; *riss*, *reiss-e*; ἔλαπον, λειπὼ λέλοιπ-κ, etc.

Los otros grupos lingüísticos presentan generalmente más de una forma de vocablos: el semítico, por ejemplo, nos da las siguientes: **R<sup>x</sup>**, **pR<sup>x</sup>**, **R<sup>x</sup>t**, **pR<sup>x</sup>t**, etc. Esta construcción del indogermánico, que expresamos con el símbolo **pR<sup>x</sup>** (construcción por prefijas), se reproduce igualmente en el semítico, que en este punto se asemeja mucho al indogermánico. Estos dos grupos son los solos conocidos á quienes pertenece la forma radical **R<sup>x</sup>**.

Consideramos como efecto del tiempo en la primitiva vida del lenguaje, la sorprendente concordancia que existe en la construcción de las lenguas pertenecientes á grupos lingüísticos colindantes geográficos. Creemos deber admitir la proximidad en la multitud de orígenes de tales lenguas, cuyos principios formativos son en realidad los mismos. Asimismo la flora y la fauna de cualquier parte determinada del globo presentan también un tipo especial propio.

Vemos extinguirse continuamente en los tiempos históricos especies y géneros lingüísticos, dando lugar á que otras especies y otros géneros se desarrollasen á expensas suyas. Como ejemplo, podremos citar el gran desarrollo de los grupos indogermánicos y la decadencia de los idiomas americanos. Cuando en la antigüedad se hablaban las lenguas, por pueblos relativamente pequeños, la extinción de formas lingüísticas pudo quizá haber sido en mayor grado, pero también mucho más desigual. Ahora bien; las lenguas organizadas más importantes, las indogermánicas, por ejemplo, deben haber existido desde muy antiguo; varias causas parecen demostrarlo: primero, su gran desarrollo; segundo, su

en los verbos indogermánicos, pero este *aumento* sólo es aparente; asunto es este muy extenso para que encuentre cabida aquí. Das Augment vgl. 3 B. Comp. d. vgl. Gr. d. indog. Spr. § 292 § 567 III Aufl. S. 738.

(1) *Band*, ligamento; *bund*, liga, alianza; *binde* liga, vendaja; *flug*, vuelo, huida; *fliege*, mosca, *flog*, volaba; *grabe*, cavo, del verbo cavar; *grub*, cavaba, del mismo; *riss* rompía, *reisse* rompo.

ya dicha forma senil, que aún hoy existe, y en general, la conocida lentitud de variabilidad del lenguaje; dedúcese, pues, que el período anti-histórico de la vida del lenguaje, debió haber sido mucho más largo que el histórico. Claro es que el período histórico es el que empieza con la invención de la escritura.

Por cada desaparición de órganos lingüísticos en general, por cada interrupción de relaciones lingüísticas, tenemos, pues, un espacio de tiempo muy largo, período que podemos suponer de muchos millares de años (1). Durante estos períodos desaparecieron probablemente muchas más especies lingüísticas de las que actualmente existen.

Sólo así se comprende la posibilidad de un gran desarrollo en un determinado grupo de lenguas, por ejemplo, en el *indogermánico*, *finés*, *malayo*, *africano del Sur*, etc., cuyos grupos se diferenciarían considerablemente en los grandes países.

Darwin admite también hechos semejantes en los reinos animal y vegetal, denominándolos *la lucha por la existencia*.

Multitud de formas orgánicas debieron haber desaparecido en esta lucha, dejando lugar á otras privilegiadas. Oigamos al mismo Darwin (2): «Las principales especies de los grupos superiores, se esfuerzan en dejar variedades á la posteridad, formándose así nuevos grupos y subgrupos, como estos son proporcionales, las especies declinan en un número menor de grupos potentes y á causa de la imperfección común que heredan, se extinguen sin dejar variedad alguna sobre la superficie de la tierra.

»Esta completa extinción de especies puede ser muy bien una operación lentísima, pudiendo algunas especies continuar existiendo aisladas en apartados lugares, cuyas especies desaparecerán probablemente (3). Toda especie que muere, desaparece para siempre; es un término perdido de la serie de generaciones.

De esta manera podemos, pues, concebir, que el desarrollo de las formas actuales de la vida, variables con la magnitud del tiempo, pueble la tierra de formas modificadas muy semejantes, las cuales prosperan á su vez, de modo que cada especie venga á ocupar el lugar que le corresponda en la lucha por la existencia.»

(1) Ugl. Deutsche Sprache S. 41 flg.

(2) Ueber die Entstehung der Arten im Thier- und Pflanzenreich durch natürliche Zucht oder Erhaltung der vervollkommneten Rassen in Kampfe ums Dasein. Uebersetzt von Bronn. S. 350 flg.

(3) Esto sucede generalmente si las lenguas que hablan los pueblos de las montañas, por ejemplo, el *vascuence*, resto de una lengua primitiva dispersada; lo mismo sucede en el cáucaso.

Sin cambiar una sola de estas palabras, podemos aplicarlas al lenguaje. Darwin pinta en ellas el origen mismo del lenguaje en la lucha por la existencia. En el actual periodo de la vida de la humanidad, las vencedoras en estas luchas son las lenguas del tronco indogermánico; continuamente se están desarrollando y absorbiendo para alimentarse una gran cantidad de otras lenguas. Su multitud de especies y subespecies muestran claramente la gran magnitud del árbol que forman.

Con esta enorme pérdida de lenguas desaparecieron infinidad de formas intermedias; con la emigración de los pueblos han variado considerablemente las relaciones primordiales; muchas lenguas, tan distintas hoy en su forma, quizá ayer fueron hermanas de territorio, aunque no se les conozca miembros intermediarios. El vascoence, por ejemplo, lengua indogermánica, difiere completamente de las demás lenguas europeas.

Darwin se expresa lo mismo cuando habla del reino animal y vegetal.

Tales son, querido amigo, los pensamientos que en mí despertaron la obra de tu venerado Ch. Darwin, cuyas doctrinas tan ardentemente defiendes y tantos esfuerzos haces por propagar lo que, como á mi, te ha valido el odio colérico del mundo fanático.

Métodos claros y comprensibles constituyen las teorías darwinistas, métodos perfectamente aplicables á las ciencias naturales en general, y entre ellas al lenguaje.

El reino del lenguaje se aproxima tanto al animal y vegetal, que la totalidad de las ideas de Darwin sobre éstos se aplica enteramente á aquel, teniendo el mismo valor para todos. Mas en lingüística es más incontestable el origen de las especies por diferenciaciones graduales y la conservación de los organismos en la lucha por la existencia. Los dos puntos principales de las teorías de Darwin se dividen, pues, en otros muchos conocimientos de la especificación que se confirman en un círculo concéntrico y que originariamente no se tomaría en consideración (1).

Por la traducción directa del alemán,

**Pedro de Melo y Novo.**

NOTA. Véase el cuadro de la pág. 192.

## REVISTA POLÍTICA EXTERIOR.

La enfermedad del conde de Chambord; la agitación en los partidos monárquicos franceses.—Probables consecuencias de la desaparición del pretendiente—Situación interior de Austria; trabajos de evolución lenta; sus consecuencias con respecto á Alemania.—El partido liberal inglés; peligros en lontananza.—Los revolucionarios rusos.

Es muy posible, casi seguro, según todas

(1) Darwin habla brevemente del lenguaje y considera lógicamente que las relaciones de afinidad de las lenguas no son sino una ratificación de sus teorías.

las alarmantes noticias que se reciben de las cercanías de Viena, que cuando este artículo llegue á conocimiento de los lectores de la REVISTA IBÉRICA, haya dejado de existir el conde de Chambord, que lucha entre la vida y la muerte hace muchos días, y á quien no hay poder humano que salve, en concepto de las eminencias médicas que lo asisten en su dolorosa enfermedad. Esta se manifestó en términos tales, que desde luego se creyó inminente el desenlace fatal que se aguarda de un momento á otro, y desde aquel instante la familia política de que es jefe el conde de Chambord, el partido legitimista francés, consternada, se entrega á multitud de conjeturas y vaticinios sobre las consecuencias que podrá acarrearle semejante irreparable pérdida.

Los demás partidos monárquicos en Francia no pueden permanecer indiferentes ante la probabilidad de esa desgracia para sus congéneres, y alguno de ellos, el orleanista, convencido de que su jefe el conde de París es el indicado para recoger la herencia política del conde de Chambord, hablan ya de la fusión de ambas fracciones agrupadas en torno de una misma bandera y de un mismo jefe, para combatir las instituciones republicanas y restaurar la monarquía francesa. Los imperialistas consideran que si tal sucediese, el problema para ellos también quedaría algo simplificado, por aquello de que cuantos menos pretendientes, más probabilidades de triunfo hay para los que quedan.

Por lo que á política colonial respecta, y hoy por hoy es indudablemente la que más interés presenta, el gabinete de París debe estar satisfecho hasta la saciedad del buen resultado que sus medidas producen en todas partes. La cuestión de Madagascar ha pasado de moda, si se me tolera la frase, porque Inglaterra, convencida de lo injusto de la intervención que meditaba, y quién sabe si atónita al ver la energía de los franceses, ha creído conveniente desistir de su actitud, y dejar que realicen sus propósitos en la gran isla malgache. Otro tanto sucede en la frontera de la China. De un día á otro habrán llegado al Tonkin las tropas que el ministerio francés enviara en auxilio de sus hermanos de Hanoi, y tan pronto como desembarquen, las operaciones militares, darán comienzo. El resultado de éstas no puede para nadie ser dudoso; el triunfo de los derechos de Francia es en mi opinión indiscutible.

En el Norte y en la costa occidental del continente africano, pueden los franceses también cantar victoria; porque en Tunez su política prevalece, á pesar de los obstáculos que algunos países han querido crearle, y en las abrasadoras orillas del río Congo el marino Brazza

que tremola la bandera tricolor de la república, ha conseguido ya gran parte de los propósitos que llevaba al salir para su última expedición, y puede lógicamente alimentar la esperanza de poner en práctica los demás, sin lastimar intereses ni de Portugal ni de Inglaterra, que sería lo único que pudiera perjudicar su acción, por la protesta que de seguro formularian esas dos potencias.

\*  
\* \*

Pero volvamos á Europa y fijémonos en la situación interior de Austria Hungría, que se presta á grandes reflexiones y que no puede ser indiferente á nadie que siga con atención la marcha de la política exterior, siquiera aquel imperio se halle lejos de nosotros y por lo tanto parezca á primera vista que los acontecimientos que allí se desenvuelven no habian de tener más que un interés secundario.

No hay que perder de vista que el imperio austro-húngaro es, como dijo Thiers, si mal no recuerdo, el punto estratégico más importante de la diplomacia europea.

Demás, el cuidado extraordinario que tiene el canciller Bismarck en afirmar los lazos que unen á Austria con Alemania, demuestra que lo mismo opina sobre ese punto el más notable diplomático de los tiempos modernos.

En el seno de la monarquía austriaca se opera de algun tiempo á esta parte un trabajo de trasformacion interior, puesto por cierto muy de manifiesto estos dias, con motivo de elecciones para las dietas provinciales de que han hablado hasta la saciedad los periódicos diarios. Esta elaboracion lenta pero progresiva, si sigue su desenvolvimiento natural y lógico, si algun acontecimiento imprevisto no viene á desencauzarla, podrá producir, producirá de seguro en un plazo más ó ménos largo, pero nunca muy remoto, cierta frialdad en las relaciones que existen entre Viena y Berlín, y ese resultado tiene para Europa una trascendencia que de seguro nadie ha de desconocer.

El punto de partida de esa evolucion es la política conciliadora, inaugurada por el conde de Taaffe.

Desde su advenimiento al poder, el presidente del Consejo austro-húngaro trata, esto no puede ser más claro, de sustituir con el federalismo el sistema centralizador que hasta ahora existiera en Cisleitánia, lo cual ha de redundar en provecho del elemento eslavo, asegurándole su preponderancia sobre el elemento alemán.

Los partidos eslavos tienen ya mayoría en el Parlamento y en las dietas provinciales, y se sirven de ella para demoler poco á poco el Estado unitario, baluarte del germanismo, y

sustituirlo por la autonomía de las razas que pueblan los diferentes distritos del imperio austro-húngaro. Estos dias, por ejemplo, los polacos y czeques han pedido que se trasladen desde Viena á Lemberg y Praga. capitales de sus respectivas provincias, las Direcciones de los ferro-carriles, pidiendo además la nacionalizacion, si así puede expresarse la idea, de esos ferro-carriles y el uso oficial de sus respectivos idiomas provinciales en sustitucion del alemán.

Esta descentralizacion que á primera vista parece no habia de tener gran importancia política, la tendrá á la postre, porque ha de reducir grandemente la supremacia vienesa, y contribuir no poco al afianzamiento de la autonomia provincial.

Las reformas federalistas habrian sido, á no dudar, más numerosas á estas fechas, si la mayoría eslava de que hablé hace un momento, no estuviera compuesta de elementos que resultan, desde el punto de vista político, por todo extremo heterogéneos. En ella están representadas desde las más sinceras aspiraciones democráticas, hasta las más arraigadas aficiones clericales y aristocráticas.

No hace mucho, creo que en mi último ó penúltimo trabajo de este género, hablé á los lectores de la REVISTA IBÉRICA sobre el voto recaído en la Cámara acerca de un proyecto de instruccion primaria. ¿Qué sucedió en esa ocasion? Que aun cuando la ley estaba inspirada en un criterio altamente reaccionario, los federalistas liberales la apoyaron con toda su influencia, y la hicieron triunfar al fin, para no comprometer la suerte de la mayoría eslava, y que los polacos la apoyaron igualmente, con la sola condicion de que la tal reforma escolar no fuese jamás aplicada á Galitzia.

Estas anomalías y la lentitud en la marcha de la política, que es su consecuencia lógica, no cesará tan pronto, y que por poco que duren durarán los dos años que faltan para que con arreglo á la ley se renueve el *Reichrath*.

Sólo entonces, merced á la nueva ley electoral, el número de diputados de origen eslavo será bastante considerable para constituir mayoría, prescindiendo de la fraccion clerical-feudal. Hasta entonces, claro es que los eslavos habrán de contentarse á falta de otra cosa, con aceptar á cuenta algunas pequeñas reformas que les ofrece el ministerio presidido por el conde de Taaffe y con conquistar poco á poco mayoría de votos en las diferentes dietas provinciales, como acaba de suceder á raíz de la disolucion de la dieta de Bohemia.

Pero esta misma lentitud, esta misma parsimonia, ha de contribuir á que sea más firme y segura la trasformacion de que hablo y que preocupa hoy á Europa entera, y lo será tan-

to más cuanto que á ello contribuyen no poco los desaciertos del partido alemán propiamente dicho. Este partido del cual es jefe el diputado germanófilo y antisemítico señor Scheænerer, perdida la esperanza de luchar victoriosamente contra las aspiraciones eslavas, viendo que por momentos se acerca el final de la dominación germánica en Austria, se lia la capa á la cabeza, como se dice vulgarmente, y jugándose el todo por el todo, pide nada ménos que la anexión á la corona de Guillermo III de Alemania, de todas las provincias germánicas del imperio austriaco.

Scheænerer y sus amigos están haciendo más daño al germanismo con sus declamaciones ridículas, con su intolerancia nacionalista, con sus excentricidades, que los mismos eslavos á quienes pretenden exterminar, porque los sentimientos separatistas que acabo de señalar y de que ellos con bien poco sentido político están alardeando, no pueden ménos de hacer sospechar á la inmensa mayoría de las poblaciones austriacas.

Cierto que (y me extendiendo tanto sobre este punto porque es, á no dudar, la nota saliente de la política esta quincena) la política conciliadora del gabinete Taaffe no ha obtenido todavía ninguna victoria ruidosa, pero cuando ménos tiene el indiscutible mérito de haber hecho comprender á los constitucionales alemanes la necesidad, de día en día más imperiosa, de renunciar á sus pretensiones de supremacía sobre las demás nacionalidades que componen el imperio austro-húngaro, y de aceptar el principio de la igualdad de razas que proclama el conde de Taaffe.

Esto no debiera ser para ellos un sacrificio, porque no pueden temer convertirse en oprimidos, toda vez que el principio federalista garantiza su autonomía en las ciudades y en las provincias donde se hallan en mayoría.

Para concluir y resumiendo: las posiciones estratégicas conquistadas por los eslavos en lo político provincial y comunal, están perdidas definitivamente para el germanismo, y puede decirse, sin temor de equivocarse, que Austria-Hungría irá siendo cada vez más federalista y más eslava, ó lo que es lo mismo, cada día estará ménos dispuesta á amoldar su política exterior á la de Alemania. ¿Puede alguien desconocer la importancia de semejante acontecimiento?

\*  
\* \*

No es Austria el único Estado de Europa donde sucesos de estos días indiquen transformaciones en la manera de ser interior.

En Inglaterra se verifica un período muy semejante, aunque no de razas, claro es, puesto

que allí no puede nunca tratarse de eso, sino de partidos.

A poca atención que se preste á las evoluciones de los partidos políticos de Inglaterra, se ve que en la política inglesa se opera un movimiento curiosísimo y significativo que yo no puedo pasar en silencio si estos artículos quincenales han de responder al pensamiento de mi ilustradísimo amigo, el director de esta REVISTA.

Parece que las opiniones se van aquilatan-do, que las diferentes fracciones del partido liberal se van deshaciendo de todo el lastre ajeno á su origen y tratan de recobrar la autonomía política que habían sacrificado en aras de la comun conveniencia.

El partido liberal triunfó en la última contienda electoral, gracias á concesiones mútuas; tratábase de derrotar á un ministro conservador grandemente poderoso, y todas las fracciones adversarias se unieron en estrecho lazo para derrotar á lord Beaconsfield; pero como sucede siempre en casos semejantes, no es lo mismo estar unidos durante la batalla que despues de la victoria, si bien allí esa desunión que era de temer, fué evitada por un hombre superior, un estadista distinguidísimo, Mr. Gladstone, que por fortuna sabia ser tan simpático á los llamados liberales como á los radicales.

Solamente él con su gran prestigio, con su incomparable talento podia unir en un ministerio verdaderamente homogéneo, elementos que, aunque no lo parezcan, son muy distintos.

Pero Mr. Gladstone, ó por sus achaques ó por su edad, está ya poco en disposición de luchar eficazmente contra los obstáculos grandísimos con que su política tropieza, y una de las primeras manifestaciones de esa falta de posibilidad material, es indudablemente lo que sucede hoy en Inglaterra. Las aspiraciones encontradas de varios elementos de la mayoría parlamentaria de la Gran Bretaña van quebrantando á la situación actual, y como lógica consecuencia de esto, los conservadores que parecían no tener probabilidad alguna de reconquistar el poder, van ganando terreno, porque en varias cuestiones de estos días, su criterio, por virtud de un fenómeno político que no quiero entrar hoy á analizar, ha triunfado, y esto ha producido la natural reacción en los elementos radicales de la mayoría y del gobierno, que reivindicarán tarde ó temprano sus aspiraciones y que acabarán por promover una excisión que pudiera ser de consecuencias fatales para el Reino-Unido, donde no creo equivocarme asegurando que no hay ni en la izquierda ni en la derecha hombre bastante vigoroso, ni de talentos suficientes, para he-

redar al ilustre estadista que hoy rige sus destinos.

\*  
\* \*

En Rusia, los errores de los consejeros del czar, que para desgracia de aquel imperio aconsejaban á Alejandro III despreciara el clamoreo de los elementos liberales, han comenzado ya á dar su fruto fatal.

Los revolucionarios se agitan; el nihilismo vuelve á las andadas; por todas partes cunde el terror pánico que hace poco tiempo reina en el estado endémico en aquel país, y los manifiestos políticos de los partidos ilegales y de las sociedades secretas menudean como en el período álgido de la agitacion nihilista.

Las consecuencias pueden ser terribles. ¿Y á quién en ese caso habrá que culpar? A los ministros que comprometiendo los intereses de su soberano y acaso acaso su vida, le aconsejaron caminar contra las corrientes liberales y reformadoras de nuestra época, y contra el espíritu dominador del progreso.

Locura insigne es tratar de oponer un valladar á las aspiraciones de los pueblos modernos; el que lo intente es arrastrado por la impetuosidad de la corriente, y Alejandro III, que tiene la triste experiencia de la desgracia horrible de su augusto padre, debiera haber pensado en ello antes de dar oídos á malos consejos que la Europa moderna censura hoy amargamente.

Angel de Luque.

## SONETOS.

### LA VIDA.

Si la vida es la lucha, ya ha luchado;  
si es senda fatigosa, la ha seguido;  
si es un hermoso sueño, lo ha tenido;  
si es dicha que no llega, la ha esperado.

Marino, obrero, viñador, soldado,  
todo aquel hombre por azar lo ha sido,  
cayendo en tal miseria y tal olvido  
que hasta el santo hospital le fué cerrado.

¡Ay! la amargura que llenó su pecho,  
como el mar rebosóle noche y día,  
mas al sentir la muerte junto al lecho  
y el beso helado en su mejilla fría  
¡perdon, Dios mio! dijo, ¿qué habré yo hecho?  
¡Para morir... es pronto todavía!

\*  
\* \*

### EN POS DE LO VARIABLE.

Junto al cristal de tus balcones era:  
viendo aquel cielo que enlutó el nublado,

¡cuántas veces, bien mio, hemos soñado  
con la vuelta de alegre primavera!

Tras el Marzo por fin tornó lijera;  
de verdes vides se cubrió el collado,  
de rayos de oro el horizonte amado,  
de fresca grama la genial ribera.

Y otra vez asomados, tristemente  
soñamos con las brumas del invierno,  
y el tibio fuego del hogar caliente,

buscando el bien tras el variar eterno,  
sin pensar que en nosotros, hondo ambiente,  
llevamos nuestro cielo ó nuestro infierno.

José M Matheu.

## REVISTAS EXTRANJERAS.

### ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS.

#### ACADEMIA DE CIENCIAS DE PARIS.

SUMARIO.—ASTRONOMIA: *Loewy*. Nuevos métodos para la determinacion de las ascensiones rectas y de las declinaciones absolutas de las estrellas.—*Cornu (A.)* y *Obrecht (A.)* Estudios experimentales relativos á la observacion fotométrica de los elipses de los satélites de Júpiter.—*Callandreau (O.)* Sobre el cálculo de las variaciones seculares de los elementos de las órbitas.—MATEMÁTICAS: *Perrin*. Sobre la teoria de la forma binaria de sexto orden.—*Barbier (E.)* Sobre una fórmula de Lagrange, generalizada por Cauchy. Nueva generalizacion.—FÍSICA MATEMÁTICA: *Ledieu*. Recíproco de la homogeneidad. Semejanza de las fórmulas.—*Quet*. Sobre las relaciones de la induccion con las acciones electro dinámicas y sobre una ley general de la induccion.—FÍSICA: *Becquerel (H.)* Máxima y mínima de extincion de la fosforescencia bajo la influencia de las radiaciones infra rojas.—FÍSICA APLICADA. *Brettes (Martin de)*. Impresion automática de los despachos telefónicos ó transmitidos por la luz.—MECÁNICA APLICADA. *Tresca*. Estudio sobre deformaciones en el forjado.—QUÍMICA. *Demargay (Eug)* Sobre el sulfato de thorio.—QUÍMICA ORGÁNICA. *Combes (Alf.)* Sobre una base derivada de la aldeyda crotónica.—*Robinet y Colson*. Investigaciones sobre la mesetylena.—*Noussette* Observaciones sobre la fermentacion del pan.—FISIOLOGÍA. *Marey*. Empleo de las fotografias parciales para estudiar la locomocion del hombre y de los animales.—*Bert (P.)* Sobre la accion de las mezclas de aire y de vapor de cloroformo y sobre un nuevo procedimiento anestésico.—GEOLOGÍA. *Grand'Henry*. Sondeos de Rilhac (cuena de Brassac) y de Toussheu (Isère).—BOTÁNICA. *Vesque (J.)* Concomitancia de los caracteres anatómicos y organográficos de las plantas.—GEOGRAFÍA: *Venukoff*. Resultados científicos de los viajes del coronel Prejeralsky y particularmente del tercer viaje al Thibet y á las fuentes del rio Amarillo.

*Astronomía*.—M. Loewy continúa el estudio de los dos nuevos procedimientos que propone para la determinacion de las constantes fundamentales que intervienen en las investigaciones de las ascensiones rectas y de las declinaciones absolutas de las estrellas, que son la inclinacion del eje instrumental sobre el Ecuador y la otra la colimacion polar, y considera el caso, no ya como lo hacia anteriormente de observaciones aisladas, sino el de cálculos ejecutados en un Observatorio, de-

duciendo que el segundo procedimiento es el que permite obtener en la determinación de las incógnitas una exactitud que ningún método de los seguidos hasta el día permite alcanzar.

*MM. Cornu y Obrecht* describen los estudios comparativos que han efectuado operando con un *astro artificial* de brillo variable según una ley conocida *á priori*, deduciendo de la aplicación que hacen á la observación de los eclipses de los satélites de Júpiter, que con el método propuesto por ellos se puede reducir á un pequeñísimo número de segundos el error fortuito sobre la época del semi-brillo en el caso del primer satélite, resultado muy conveniente para la determinación aproximada de las longitudes y mucho mejor que los que suministran las observaciones actuales; pudiéndose entonces tratar de la eliminación ó corrección de los errores sistemáticos que aparezcan, mientras que en la actualidad, estos se pierden en la magnitud de los errores accidentales.

*Física matemática*.—M. Quet deduce de una serie de observaciones la regla siguiente que resuelve según él el problema de la inducción: la dirección de la fuerza de inducción coincide con la de la acción electro-dinámica que ejercería el sistema inductor sobre un elemento de corriente ficticia colocada en el punto del espacio, campo donde se encuentra el elemento inducido y dirigido según la velocidad relativa de éste, su intensidad es la mitad de la fuerza electro-dinámica que actuaría sobre este elemento ficticio, si los dos fluidos que le atraviesan en sentido opuesto tuviesen en conjunto una cantidad de movimiento igual á la cantidad de movimiento relativo de la masa inducida.

*Físicas*.—M. H. Becquerel que sigue brillantemente las huellas de su padre, describe unos interesantes experimentos efectuados por él sobre los sulfuros de calcio, estroncio y bario, hechos previamente fosforescentes, sometidos á la influencia del espectro solar y que demuestran que los rayos infra-rojos hacen experimentar á aquellas sustancias una extinción parcial que se manifiesta muy rápidamente, si bien no todos de la misma manera y con la misma claridad; en lo que se refiere á los máximos de extinción ha observado que los mayores los presentan los cuerpos en los que la excitación fosforogénica es más grande á los rayos ultravioletas.

*Mecánica aplicada*.—M. Tresca da cuenta de una serie de experimentos sumamente importantes sobre el trabajo de los metales y que permiten establecer algunos datos muy útiles para el estudio de los fenómenos principales que se presentan en el forjado.

*Física terrestre*.—M. de Chaucourtois después de hacer un ligero estudio crítico de algunos de los aparatos automáticos destinados en la actualidad á hacer el estudio de los movimientos micro-nímicos, propone como el más perfecto uno ideado por los Sres. Lallemand y Chesnau, que consiste en un péndulo cuyo peso es una lente convergente á la que se hace atravesar por un haz luminoso que tiene origen en un punto fijo con relación al péndulo y cuya imagen conjugada, dada por la lente, va á dibujarse sobre un papel fotográfico, prestándose el aparato no sólo al estudio de los movimientos micro-nímicos, sino también al de las variaciones aparentes de la vertical.

*Química orgánica*.—M. Alf. Combes ha encontrado una base oxigenada derivada de la aldeyda crotónica,  $C^8H^{16}N^2O$  posee una reacción claramente alcalina, absorbe rápidamente el agua con desprendimiento de calor, formando un cuerpo blanco cristalizado que se obtiene fácilmente añadiendo agua á la disolución en éter, hay precipitación inmediata.

*MM. Robinet y Colson* describen un *Glycol mesitgénico*, cuerpo nuevo que tiene por fórmula  $C^6H^3 \left\{ \begin{array}{l} [CH^2OH] \\ [CH^2OH] \\ [CH^3] \end{array} \right\}$

y tratan de probar que el dicloruro y el dibromuro de mesitylena obtenidos por la acción del cloro y del bromo sobre el vapor de mesitylena, son idénticos á los éteres diclorídrico y dibromídrico de este glycol.

*Química analítica*.—M. Lecog de Bocibaudran se ocupa en la separación del gallium del ruterio, del osmio, del arsénico y del selenio.

*Fisiología*.—M. P. Bert deduce que una serie de experiencias hechas sobre un perro.—A. Que la muerte sea lenta ó súbita, siempre el corazón continúa marchando después de la cesación de los movimientos respiratorios, no habiéndose mostrado nunca síncope cardíaco.—B. Después de una anestesia de muchas horas no pasa el cloroformo á la orina.—C. Con dosis muy débiles se puede hacer circular por los pulmones una cantidad enorme de cloroformo sin otro fenómeno objetivo que el descenso de temperatura.—D. Con dosis más fuertes se hace una muerte lenta con gran descenso de temperatura, pero la sensibilidad persiste.—E. Con dosis más fuertes, cuando la insensibilidad se manifiesta claramente, la muerte es consecuencia de la respiración continua de mezclas cloroformizadas; cuanto más ricas son las mezclas en cloroformo, más rápida es la muerte y ménos baja la temperatura del animal.

El nuevo método que propone es dar al perro la mezcla de 12 por 100 y al cabo de algunos minutos la del 8 por 100, y para el hombre la conveniente á esta relación.

#### REVUE HISTORIQUE.

SUMARIO.—Fustel de Coulanges, del Instituto: *Estudio acerca de la inmunidad merovingia*.—C. Dardier: *Juan de Serres, historiógrafo del rey: su vida y sus escritos 1540-98*.—F. Decrue: *Estudio de las ideas políticas de Mirabeau* (continuación).—R. de la Blanchère: *Exidium Montisfortini, 1557*.—*Boletín histórico*.—*Reseñas de crítica*.—*Publicaciones periódicas y sociedades científicas*.—*Crónica y bibliografía*.

Entre los estudios históricos y los trabajos críticos que contiene esta importante publicación, merece ser especialmente mencionado y extractado el que consagra á la nueva biografía de Maquiavelo, del escritor italiano Pasquale Villari.

La época, el hombre y la doctrina, tales son los puntos de vista que en los dos volúmenes de que consta el libro, tiene presentes Villari.

En la extensa introducción del primer libro, el autor muestra cuán necesaria fué una reforma política á fines de la Edad Media para hacer que Italia adoptase una posición estable. No se verificó esta reforma, y de ahí parte el autor para explicar las invasiones extranjeras que empezaron á desolar aquel desdichado

país, tan debilitado de antemano por las disensiones interiores.

En cambio en el orden intelectual se operó una extraordinaria revolución: el estudio de las letras clásicas introdujo nuevos elementos de vida tanto en las ciencias como en las artes y este renacimiento intelectual inauguró los tiempos modernos.

El primer capítulo del segundo volumen se titula *El siglo de Julio II*. Después pasa el autor á contar la vida de Maquiavelo. Sabido es que después de la caída de los Médicis, restableció Florencia el gobierno liberal.

Villari muestra los esfuerzos de Maquiavelo en esta época, para evitar que su patria sufriese la misma debilidad que poco á poco fué invadiendo todos los estados de Italia. En su concepto, el remedio estaba en un ejército nacional que con una organización firme hubiera impedido que Florencia cayese de nuevo bajo el despotismo de los Médicis cuando se les presentó nueva coyuntura de recobrar el gobierno, para reprimir nuevamente la libertad.

El panegirista de Maquiavelo pone aquí de relieve la tan debatida honradez de su héroe. Se afirma generalmente que, viéndose pobre y padre de familia, había sido esto causa de sus esfuerzos para obtener un empleo de los Médicis. Para el escritor que nos ocupa, no hubo semejantes móviles interesados.

Las humanidades fueron siempre objeto preferente de atención para el escritor florentino, y por ende los negocios públicos eran el elemento necesario de su vida intelectual.

Ardiente partidario de la libertad, no perdía la esperanza de rendir nuevos servicios á su causa, que parecía perdida por entonces.

Pasquale Villari cita en apoyo de su afirmación las tres cartas escritas después de la caída de Soderini, una parece que á Alfonsina Orsini y las otras dos al cardenal Médicis. En estas cartas aconseja Maquiavelo á los nuevos señores la prudencia en las represalias y en el desquite que deseaban tomar de las pérdidas sufridas en el destierro; les pone en guardia contra los calumniadores de Soderini y también hace indirectamente la defensa del desgraciado gonfalonero.

Pero lo que más contribuye, según el panegirista, á la justificación de Maquiavelo, es el discurso acerca de "las reformas que debían hacerse en el Estado de Florencia," trabajo escrito, como es sabido, por encargo del papa Leon X.

Preso después de haber sido acusado de complicidad con los conjurados Capponi y Boscoli, escribió tres sonetos que atestiguan en contra de su carácter. Alguien, en vista de la bajeza con que el poeta implora la gracia de Julio de Médicis, ha negado que esos sonetos fuesen de Maquiavelo.

Villari reconoce la autenticidad; pero niega que llegasen á manos de Julio de Médicis ni que fuesen dirigidos seriamente á él: "son, dice, la carcajada cínica de un alma encolerizada."

Y así continúa el optimista escritor defendiendo unas veces y encomiando otras al acusado en todos los episodios memorables de su agitada y accidentada existencia.

## REVUE SUISSE.

SUMARIO.—I. *Estado político y social de Italia*; por el Marqués de Alfieri.—II. *La encantadora*; por M. José Noël.—III. *El teatro contemporáneo en España*; por E. Rios.—IV. *La prevision del tiempo y la meteorología general*; por M. E. Durand-Greville.—V. *Quince dias en Italia*; por M. Maarc Monnier.—VI. *La música en el siglo XVIII*; por M. William Cart.—VII. *Crónica parisiense*.—VIII. *Crónica alemana*.—IX. *Crónica inglesa*.—X. *Crónica suiza*.—XI. *Crónica política*.—XII. *Boletín literario y bibliográfico*.

El primer artículo que contiene esta Revista pertenece á la pluma de un vice-presidente del Senado italiano y contiene observaciones curiosísimas respecto á la índole de los partidos en la península italiana.

"Entre los antiguos, dice, el retórico era maestro en el arte de bien decir. Hoy esta frase se toma en mal sentido y no se designa con aquel nombre mas que á las personas que no ven en el lenguaje más que la forma, sin cuidarse del fondo. Pero como sucede con frecuencia, se ha caído, por reacción, en el extremo opuesto y es imposible calcular el daño que resulta de la falta de esmero en la palabra en una época de tanta publicidad y discusión como la nuestra. ¡Cuántos equívocos, nacidos de una mala retórica, contribuyen á envenenar las discordias sociales!"

En 1868 decía Julio Simon: "Hay en Francia tantos partidos y tantas divisiones de partidos, que no resta en el lenguaje político ni una sola palabra cuya significación sea perfectamente clara."

En Italia puede afirmarse que la confusión no es menor: no sólo cambian las palabras de una región á otra, sino que tienen acepción diferente según la escuela ó la facción que las emplea, sucediendo á veces que la realidad de las cosas no corresponde á ninguna de las muchas formas de expresión.

A los vicios de dicción peculiares al territorio, hay que añadir el empleo sin discernimiento de una multitud de términos tomados del repertorio de los partidos extranjeros y especialmente de los franceses.

De ahí tantos juicios erróneos ó absurdos. La política se pierde en debates académicos y en querellas de facción. Se convierte en instrumento de una casta más ó menos numerosa, cuya formación varía según los tiempos y cesa de ser á un tiempo el arte y la ciencia de la vida pública.

Entendemos por política, el arte de mantener el equilibrio entre los grandes intereses del país, de dar á todas las fuerzas del cuerpo social su acción proporcionada y su natural expansión y la ciencia de las grandes leyes morales y económicas y de su aplicación á la sociedad moderna.

Un hombre político dotado de clara inteligencia y gran espíritu de observación se expresaba respecto á Italia en estos términos:

"La mayoría de los italianos no tiene afición á la política militante; las asociaciones políticas no rompen el silencio sino con grandes intervalos y en hora fija. La prensa que podría servir de poderoso auxilio al espíritu público y un activo instrumento de propaganda, reducida á vivir en una atmósfera de indiferencia universal, pagada por lectores que no le exigen generalmente más que distracción, la prensa, al menos la de provincias, tiene en la capital un *corresponsal* encar-

gado de transmitir y comentar las noticias, motivo por el cual cada día es más notoria la centralización política en el Parlamento. Al lado de esta abstención del mayor número, existe una minoría, ínfima en ciertas provincias, bastante considerable en otras, en perpétua asechancia de coyunturas en que sacar partido de sus doctrinas. Esta minoría aprovecha todas las debilidades del gobierno para propagar la indisciplina y acostumbrar al país á despreciar las leyes "

## REVUE POLITIQUE ET LITTÉRAIRE.

SUMARIO.—*Un proyecto de fiesta patriótica*; por monsieur Francisco Bonellier (del Instituto).—*Hilaire Germaine*, narración; por M. Leon Barrancand.—*Mr. Dufaure y el último partido republicano, según M. Picot*; por M. Emile Beaussire (del Instituto).—*Estudio del inglés en Francia, carta á M. Guillaume Guizot*; por M. James Darmesteter.—*M. Gread*; por M. Berard-Varagnac.—*Miscelánea literaria*.—*Boletín*.

Mr. Jorge Picot acaba de publicar una biografía completa de M. Dufaure, bien recargada de datos al estilo inglés, á partir de los primeros años del ilustre orador, y sin omitir ningún detalle que pueda presentarle con perfecta claridad en toda su larga y laboriosa carrera. En familia, en el colegio, en la facultad de Derecho, en los tribunales de una populosa ciudad de provincia; como diputado en la oposición y en el poder; como subsecretario de Estado y ministro de la monarquía de 1830, de la república en 1848; en las causas célebres del segundo imperio que por espacio de muchos años fueron el asilo de la elocuencia, y finalmente, después de las terribles pruebas de la guerra extranjera y de la guerra civil, figura en primera fila entre los hombres de Estado que han trabajado en pró del engrandecimiento de Francia.

M. Dufaure, á pesar de su versatilidad política digna de fijar la atención, no ha cesado de merecer universal respeto. El rey Felipe, el general Cavaignac, el príncipe Luis Napolcon, M. Thiers y el mariscal Mac-Mahon, le han tenido sucesivamente de ministro; ha servido las causas más diversas, y en todas ha desempeñado uno de los primeros papeles.

M. Picot no encuentra en todo esto asunto de censura. En la última parte de su estudio se limita á exponer con una simpatía sin reservas, los hechos en que él ha tenido alguna parte especial.

## NOTA.

Hemos recibido, y agradecemos á sus autores; las siguientes obras:

**El Vierzo, su descripción é historia, tradiciones y leyendas**; por D. Acacio Cáceres y Prat.—Esta preciosa obra que ha merecido unánimes elogios de gran parte de los periódicos de Madrid y de provincias, constituye un elegante tomo, donde el autor ha demostrado una vez más, las singulares dotes que como poeta le adornan, y se ha dado á conocer como prosista fácil, ameno y castizo.

Bellas descripciones tomadas del natural; interesantes leyendas recogidas allí mismo de labios del pueblo y engalanadas con todos los primores del arte, tales son el fondo y la forma del libro que nos ocupa.

**La literata**; por D. Antonio Corton.—Una de las primeras obras presentadas al público por la Biblioteca *Diamante*, lleva el título que encabeza este párrafo. Gracia en la forma y extremada crueldad en las ideas, son las cualidades distintivas de este libro.

Por un procedimiento de concentración, verdadera selección inversa, ha procurado el señor Corton acumular en 56 páginas todas las diatribas, acusaciones y mofa que pueden dirigirse contra la mujer que, abandonando el amor de la familia, suficiente á sublimar á la menos inteligente ó favorecida por la naturaleza, se lanza sin instrucción ni talento á competir con los hombres de más talla en las lides literarias, confundiendo los sentimientos que hermean al bello sexo con un sentimentalismo cursi y enfermizo.

El cuadro que el autor de *La literata* nos pinta, aparece tan recargado de ironía y de saña, que el prologuista señor Nombela, ha creído conveniente, con beneplácito del autor, hacer las oportunas salvedades en pró de aquellas mujeres que, consagradas al arte, no en desprestigio de su familia, sino en su honor, ni en uso de un sentimentalismo ridículo y una educación deficiente, sino utilizando las delicadezas de que es capaz el corazón de una mujer inteligente, culta y bien educada, enriquecen con producciones del pensamiento, la literatura de su país.

Con este antídoto, aceptado en prueba de sinceridad por el autor, *La literata* es una verdadera sátira social.

**El pícaro mundo**; por D. Julio Nombela.—Esta breve novela, desarrollada con naturalidad y sencillez, es el primer volumen de la Biblioteca *Diamante*.

El público conoce de antiguo al Sr. Nombela, y no necesita éste de nuestros elogios, puesto que nos tendríamos que limitar á repetir lo que tantas veces ha dicho la prensa.

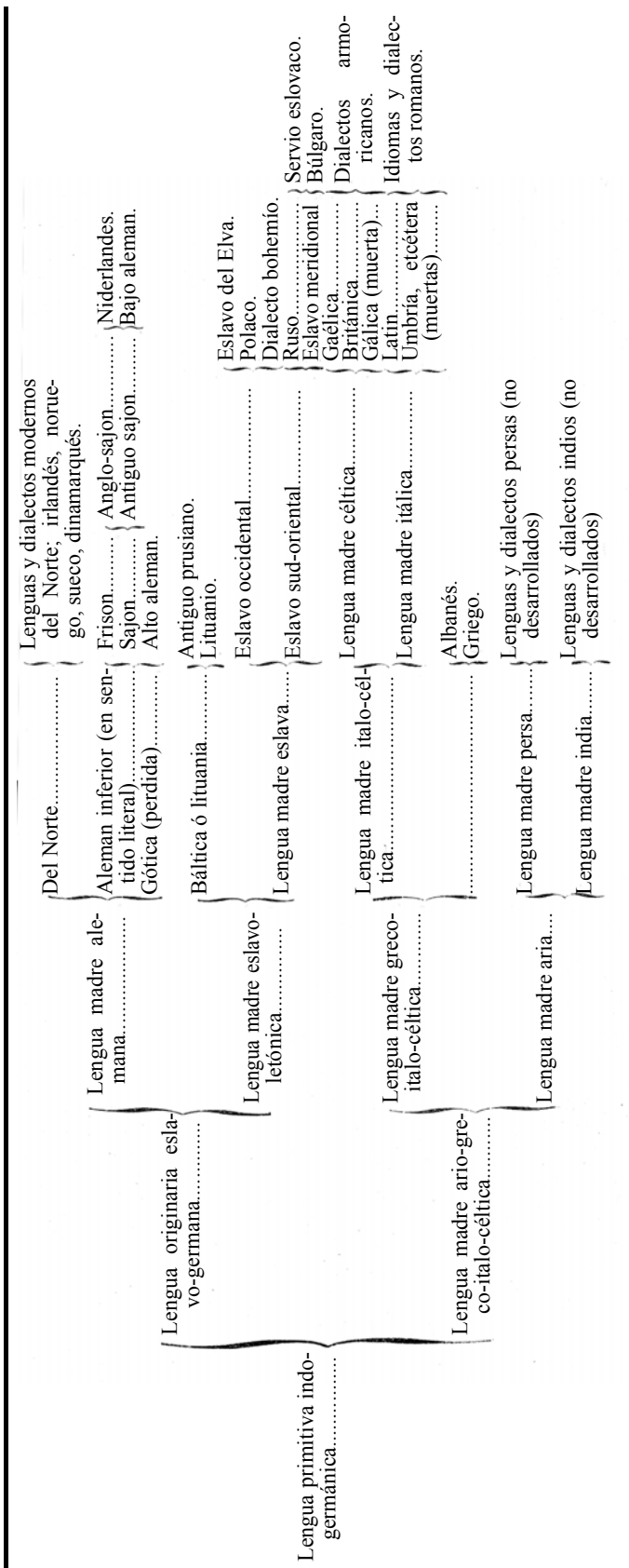
**Catálogo de la Biblioteca clásica**, dirigida por D. Luis Navarro.—Reunir en una serie de tomos de buena impresión y fácil lectura las obras célebres de los autores clásicos griegos, latinos, alemanes, ingleses, franceses, italianos y portugueses, aprovechando las traducciones que tienen merecida fama, corrigiendo las que, por la depuración moderna de los textos originales y los adelantos de la crítica deban ser enmendadas, y vertiendo por primera vez al castellano aquellas que no lo han sido, es el objeto de la *Biblioteca Clásica*, la cual comprenderá también las obras más reputadas de autores españoles.

Se publica en tomos en 8.º, elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

CUADRO QUE REPRESENTA

la derivación histórica de las lenguas indogermánicas (\*).



(\*) Este cuadro ó árbol genealógico es el que citamos en el número anterior, pág. 160.